

PASTORAL SUBURBANA ELEMENTOS ESTRUCTURALES

P. Pedro Trigo sj.

Abstract

The purpose of this essay is the study of the suburban practical theology. Some time the suburban culture is not recognized, neither the necessity of a specific proposal towards this reality. The Christian proposal has to be integral, but each one, has to emphasize its own reality. In the suburban pastoral, it has to concretely emphasize the insertion of the pastoral agents, beginning by being carried out in horizontal and mutual relations, to consider the life as an absolute option for the poor, taking care of individuals, groups and communities and proposing the praying community through the reading of the gospels.

Key words: *Suburban pastoral, practical theology, insertion, pastoral agents, relations horizontal, reading of the gospels, poor.*

*El P. **Pedro Trigo Durá** es jesuita venezolano de origen español riojano, nacido en 1942. Estudió Letras y Filosofía en las Universidades Católicas de Caracas y Quito, donde se licenció en Filosofía en 1966. Luego se doctoró en Teología en la Universidad de Comillas (Madrid) en 1980. De 1964 a 1966 tuvo contacto con Monseñor Proaño en Ecuador sintiéndose desde entonces comprometido con el tipo de Iglesia y de pastoral que él representó. En 1973 fue discípulo de Gustavo Gutiérrez en Lima. Desde 1972 ha participado regularmente en encuentros de teólogos latinoamericanos. Desde el año 1973 pertenece al Centro Gumilla (Centro de Investigación y Acción Social de la Compañía de Jesús en Venezuela), del que ha sido director. Es profesor de teología en el ITER de Caracas. Vive en una parroquia popular y acompaña a comunidades cristianas populares. Anima y asesora a la Vida Religiosa en Venezuela y América Latina, comprometido en un esfuerzo intercongregacional en orden a una Vida Religiosa inserta e inculturada en los medios populares. Escribe regularmente en varias revistas de pensamiento españolas y latinoamericanas, sobre todo en temas de teología. Además de ser profesor en los niveles de bachillerato y licenciatura en Teología Pastoral y Teología Espiritual, es Director del Departamento de Investigaciones del ITER desde 1996. Tiene numerosas publicaciones y escribe en varias revistas, entre ellas RLaT, Iter, Sic, Anthropolos, Nuevo Mundo...

No estudiaremos la pastoral en el sentido pastoralista práctico de las instituciones y acciones conducentes a la evangelización de los vecinos y a la implantación plena de la Iglesia y la alimentación cristiana de los fieles.

El objetivo de este estudio es el perfil de esta pastoral, y el presupuesto de fondo que lo guía es el no reconocimiento de la cultura del barrio y por tanto el desconocimiento de la necesidad de una propuesta cristiana específica. Toda propuesta cristiana ha de ser integral; pero cada una ha de enfatizar los aspectos que den respuesta a las aspiraciones y necesidades de las personas, que plenifiquen lo que el Espíritu ha sembrado en esa cultura, corrijan lo que está torcido y desarrollen lo insuficiente.

Presupongo, pues, la existencia de una cultura suburbana, porque lo desarrollé en un libro: *La cultura del barrio* (UCAB-Gumilla, Caracas 2006). Aquí expondré a modo de propuesta el perfil de la pastoral suburbana, es decir los elementos estructurales que la configuran y la matriz que componen. Al fin de cada tema se inserta un cuestionario con el que medir hasta qué punto en un barrio concreto se desarrolla esta pastoral y con el que poner en marcha, si se ha elegido hacerlo, esta pastoral específica. Haremos este estudio desde Caracas, pero con el convencimiento de que lo que se diga servirá para los barrios de otras ciudades latinoamericanas.

Éste es el esquema que nos proponemos desarrollar:

1. Requisito imprescindible: Inserción inculturada de los agentes pastorales.
2. Punto de partida: asunción de la situación.
3. Estructura de base: puesta en marcha de la primera eclesialidad.
4. Objetivo absoluto: contribución a que haya vida desde la vida fraterna de los hijos de Dios.
5. Opción preferencial: solidaridad con los pobres.
6. Ambiente prevalente: la religión del pueblo.
7. Principio renovador: lectura orante de la palabra de Dios, sobre todo los evangelios.
8. Niveles que hay que atender y coordinar: los individuos, los grupos y comunidades y las masas.
9. Coordinadas: inserción de la Iglesia barrial en el barrio y comunión con otras Iglesias barriales desde la pertenencia a la Iglesia local.

1. Requisito imprescindible: Inserción de la iglesia barrial en el barrio

Los barrios en Caracas y otras grandes ciudades de nuestro país comenzaron a poblarse desde los años cuarenta, pero se desbordaron en la década de los sesenta y desde entonces no han cesado de densificarse. La Iglesia acompañó como pudo desde el comienzo a sus pobladores. Habría que distinguir tres etapas.

Las tres etapas de la pastoral en los barrios

En la primera se atendía desde fuera, desplazándose al barrio periódicamente.

En la segunda la institución eclesiástica se plantó en el barrio, en la mayoría de los casos sirviéndolo desde plataformas institucionales cada vez más complejas; aunque no faltó la inserción, es decir el compartir la vida como unos vecinos más y, desde esa pertenencia a la comunidad barrial, ejercer la pastoral estimulando la formación de verdaderas comunidades cristianas que fueran los sujetos de esa pastoral, aunque los agentes pastorales tuvieran una presencia muy significativa. Entre estos grupos tuvo una presencia muy destacada la Vida Consagrada, mayoritariamente la femenina. Conforme avanzaban los años setenta y a lo largo de los ochenta fueron muchos los agentes pastorales que se trasladaron a los barrios, sobre todo comunidades religiosas. La opción por los pobres era la motivación de fondo, secundando la llamada de Medellín y posteriormente de Puebla.

Pero en la segunda mitad de los ochenta este impulso comenzó a remitir, y el abandono en que el Estado y la sociedad sumieron a los barrios, se dejó sentir también en la institución eclesiástica. Particularmente la Vida Consagrada, reaccionó ante la crisis económica y el envejecimiento de su personal, reinstitucionalizándose, concentrándose en las instituciones de la ciudad, más establecidas, y desguareciendo esas presencias más carismáticas y periféricas e incluso, poco a poco abandonándolas. En esta tercera etapa, hay muchos menos miembros de la institución eclesiástica en los barrios; pero además, no pocos de los que están, no sienten especialmente la opción por los pobres y su presencia es meramente la presencia de una sucursal de la institución a la que pertenecen, aunque trabajen con la mayor dedicación posible, dando lo mejor de sí. Ésta es la situación en la que nos encontramos. Ampliemos lo dicho hasta ahora para hacernos cargo mejor de lo que hay de Iglesia en los barrios en el momento actual.

La primera etapa se caracteriza por el acompañamiento pastoral a los pobladores celebrando misas, construyendo capillas al efecto y estableciendo el servicio regular de catequesis con su correspondiente celebración de la primera comunión, visitando enfermos, haciendo contactos y tal vez creando algunas cofradías y asociaciones.

El segundo paso, más estable y organizado, consiste en la creación de parroquias y el establecimiento del agente pastoral o del equipo de agentes pastorales en el barrio, casi siempre en la zona más desarrollada del barrio, donde están las mejores casas y se concentran los servicios, que pasó a convertirse en una zona popular.

Promoción popular cristiana para integrar los barrios a la ciudad

En esta segunda etapa la tradición mayoritaria ha seguido el camino (en esto han sido maestros los salesianos) de crear espacios físicos y propuestas institucionalizadas de servicios y encuentros. Montar un complejo para provecho del barrio. La Iglesia sería el templo, el despacho parroquial, patios para deportes y encuentros, salones parroquiales para reuniones, consultorio médico y jurídico, lugar para proyectar películas y videos, para tener conciertos... Las propuestas abarcan una gama muy extensa: desde lo estrictamente religioso (tanto lo litúrgico como lo devocional, lo formativo y lo asociativo) a lo asistencial (ayudas organizadas, servicios de salud y jurídicos), lo deportivo, recreativo y cultural, la promoción humana (cursos, talleres artesanales o industriales, cooperativas), los encuentros... Con estas propuestas llegan a los vecinos en general y a segmentos específicos de la población como adolescentes y jóvenes, madres, enfermos, gente necesitada, interesados en diversos aspectos.

Este proyecto se inscribe en el esquema de integración de los barrios a la ciudad, normalizándolos, esquema que compartían los sucesivos gobiernos democráticos y la parte más sensibilizada de la sociedad establecida. Este proyecto tuvo un gran empuje en las dos primeras décadas de la democracia (1958-1978), pero en los años ochenta empezó a agotarse hasta que a fin de la década el Estado y la sociedad habían abandonado totalmente a los barrios.

Hay que tener claro que en este esquema no cabe la inserción. Por el contrario, la Iglesia con sus espacios diversificados, contruidos a la altura de los de la ciudad, y sus propuestas promocionales tan variadas y articuladas, sería el respiradero del barrio, la ilusión de que va siendo un poco ciudad y más

aún, el camino hacia ella. Y los miembros de la institución eclesiástica serían los representantes de la ciudad que hacen su apostolado civilizador en el barrio.

Aun desde grandes instalaciones, puede hacerse una pastoral del barrio, si sus pobladores son sus sujetos

El esquema promocional parte del presupuesto de que el barrio es un lugar poco cultivado y la institución eclesiástica se propone cultivarlo en los diversos aspectos, y por eso en esta perspectiva no tiene sentido la inserción.

Sin embargo, si los agentes pastorales cambian de perspectiva, sí es posible aprovechar la capacidad instalada desde la perspectiva del barrio. No resulta fácil, ya que las instalaciones pertenecen a la institución eclesiástica. Pero, si los agentes pastorales están claros en que el pueblo organizado se tiene que hacer cargo de su funcionamiento, comandándolo todo los vecinos identificados a la vez con el barrio y con el cristianismo, es posible que las instalaciones sean usadas como si fuesen de todos.

Pero la condición es que los agentes pastorales tienen que estar muy claros de para quiénes son las instalaciones y cuál es la función de ellos, para que la propiedad no sea un ingrediente real aunque tácito para presionar, de modo que los vecinos adopten sus propias propuestas y más aún su conducción habitual.

Una iglesia que se levanta con el barrio

Por eso el ideal es que la Iglesia del barrio nazca y crezca con el barrio, de tal modo que tanto los agentes pastorales como la comunidad cristiana se perciban a sí mismos como levadura dentro de la masa, luchando sin cesar para que el barrio se institucionalice desde sí mismo, y no que instituciones de fuera del barrio, sean partidos, organizaciones religiosas, ONGs u otros organismos estatales o paraestatales, monten en el barrio sus complejos para servir al barrio, pero mediatizándolo.

No estamos proponiendo que la propuesta sea la autarquía del barrio, que es imposible e injusta, ya que el barrio requiere ayuda de la sociedad y particularmente del Estado, sino que una institución eclesiástica inserta debe servir de modelo para otras organizaciones en su servicio al barrio, haciéndoles

ver que toda colaboración es bienvenida cuando no sustituye al barrio y lo enfeuda a sí sino que se alía a él, manteniendo su condición subordinada.

Así pues, para que la Iglesia barrial esté inserta en el barrio debe evitar que la institución eclesiástica se constituya en un poder en el barrio. Para que no sea así es imprescindible que los vecinos cristianos sean verdaderos sujetos, tanto en el barrio, en las organizaciones vecinales, como en la pastoral, y no se reduzcan a meros colaboradores de los agentes pastorales, aun con responsabilidades delegadas.

Positivamente la inserción acontece a través de los parroquianos vecinos que participan de la vida del barrio, de su tejido social, que sienten sus problemas, que discuten soluciones, que refuerzan o, si no existen, crean o, mejor, ayudan a crear organizaciones del barrio.

Los vecinos cristianos tienen que ser animados y acompañados desde la comunidad cristiana y desde el estímulo y las prédicas de los agentes pastorales. Tienen que sentir que es una dimensión insoslayable de su ser cristiano.

El que los vecinos, en cuanto parroquianos y de la comunidad, asuman al barrio ayuda a los agentes pastorales a que no caigan en la tentación de montarse sobre el barrio como bienhechores o promotores, y a que vivan realmente insertos en él. Ahora bien, el que los vecinos cristianos asuman el barrio como dimensión de su cristianismo, lleva tiempo. Los agentes pastorales no pueden pretender acortar este proceso porque entonces la gente no lo hará desde sí mismos sino siguiendo los dictados del agente que tiene ascendiente sobre ellos.

Esto que decimos de los cristianos del barrio, hay que decirlo del barrio como tal: La Iglesia barrial debe propiciar la articulación del barrio y no que el barrio gire alrededor de ella. Para ello no puede apabullar al barrio con sus instalaciones o con su poder y ni siquiera, cosa que es más sutil y por eso puede pasar más desapercibida, con sus propuestas y con su ritmo.

Al quedar claro que es el barrio el sujeto de sus desarrollos y no la institución eclesiástica, al ir surgiendo consiguientemente instituciones barriales con ayuda de los cristianos del barrio y de los agentes pastorales en él, también se hace lugar para que surja el templo y otras instalaciones como expresión del cristianismo del barrio y no de la institución eclesiástica de la ciudad destacada en él. Tiene sentido poner todo el empeño en que el templo y las capillas sean no sólo funcionales sino bellas y expresivas de la comunidad cristiana y del misterio de que es portadora y que se celebra en él.

En este proceso institucionalizador los agentes pastorales tiene un papel insustituible, pero también lo tiene el resto de la comunidad cristiana. Si el cura, en concreto, da lugar a la comunidad, a ésta parece muy bien que él ocupe también el suyo. Así la parroquia se constituye en una de las instituciones del barrio, siendo tanto la casa de la comunidad cristiana como de otros cristianos del barrio que no estén integrados a ella y que sin embargo la sienten como un espacio público suyo.

Inserción evangelizadora

La inserción tiene que ser evangelizadora, sin proselitismo, pero sí con propuestas personales y manifestaciones vecinales. El objetivo es que haya vida, vida humana, cualitativa y solidaria. Los cristianos procuramos esta vida desde la vida fraterna de los hijos de Dios. La inserción es evangelizadora en sí, ya que es un acto de fraternidad solidaria, tanto la inserción de los agentes pastorales, como la disposición de la comunidad de no cerrarse sobre sí ni adoptar pautas ciudadanas sino institucionalizarse desde el barrio, con lo que proclama que el barrio es en sí digno, es un territorio humano susceptible de humanizar, incluso de procesar el misterio cristiano. Pero además evangeliza su propuesta cristiana, que es pasar de la necesidad y concurrencia a la elección del barrio y la solidaridad en él.

Pero la evangelización no puede reducirse a estas actitudes primordiales ya que eso sería entregar el fruto sin sembrar la semilla que da ese fruto. Esa semilla es Dios entregado en Jesús de Nazaret que a su vez nos entrega su Espíritu. La inserción no es completa, si no se siembra esta semilla en el lenguaje del barrio y sobre todo en una relación vecinal y de una manera situada.

El objetivo de la inserción no es lograr la autarquía del barrio sino que no sea satélite sino centro y que se intercambie intensa y simbióticamente con la ciudad. Lograr un flujo comunicativo bidireccional desde la propia subjetualidad del barrio y de los del barrio, pero muy abiertos a la ciudad. Esto, en todas la áreas y muy señaladamente en el área cristiana, lo que significa en comunión con la Iglesia particular que tiene su sede en la ciudad.

Fundamento evangélico de la inserción

La pastoral de barrio debe comenzar por la inserción de los agentes pastorales porque ése es el camino elegido por el Dios de Jesús para salvarnos.

No nos salva desde afuera y desde arriba sino echando la suerte con nosotros, haciéndose su Hijo uno de nosotros. Pero no sólo comparte nuestra suerte sino que específicamente la comparte desde los de abajo. Jesús fue un artesano de aldea y cuando salió a su misión, dejó la profesión y la familia, y se hizo un judío marginal, alguien que había perdido la identidad social reconocida y que no tuvo donde reclinar la cabeza.

Si la misión cristiana es proseguimiento de la de Jesús, no puede mudar de lugar social. Inserción cristiana no significa simplemente identificarse con una cultura desde el evangelio, de manera que la cultura sea trasformada por el evangelio desde dentro y que a su vez la vivencia evangélica se enriquezca con las expresiones de esa cultura. Significa más específicamente que la pertenencia a cualquier cultura ha de ser desde los de debajo de esa cultura. La comunidad cristiana tiene que atender a todos, pero desde abajo. Si esto es así en todo caso, mucho más tiene que atender a los de abajo desde la misma situación de ellos.

Aquí lo fundamental no es ser como ellos, cosa que además es imposible por los estudios y la pertenencia a la institución, sino vivir en el mismo sitio que ellos, asumir el barrio en el que se vive, y ser de ellos, lo que no implica sólo que uno se sienta de ellos sino que ellos lo sientan a uno de ellos y que, en efecto, dispongan de uno.

Esto fue muy claro en la vida de Jesús: realmente los pobres dispusieron de Jesús. Ellos sabían que él estaba a su disposición. Jesús los trataba con infinita paciencia y respeto. No les daba consignas entusiasmadoras para que giraran a su alrededor como la masa y el líder sino que les daba que pensar para liberar sus mentes. Y sobre todo les entregó la buena nueva de que Dios, su Padre, quería reinar sobre ellos, quería ser su rey. Sabía que esta buena noticia los haría completamente felices, porque ¿qué mayor riqueza que el propio Dios? Por eso estaban siempre a su alrededor y le fueron fieles hasta el fin: lo acompañaron en el Calvario y regresaron dándose golpes de pecho en señal de protesta contra los romanos y contra sus jefes.

Es cierto que, como dice Pablo a su comunidad de Corinto, la mayoría de los cristianos eran pobres. Pobres eran también sus queridos filipenses que lo ayudaban desde su pobreza, del mismo modo que desde su pobreza nos enriqueció Jesús.

Es cierto que desde la cristianización del imperio romano y tal vez antes, pero más todavía desde la edad media, la institución eclesiástica perteneció a

los estamentos privilegiados de la sociedad. Pero también lo es que ello signó la decadencia de la Iglesia, ya que no se puede evangelizar desde arriba. Por eso todas las reformas han incluido ese cambio de lugar social. También Juan XXIII quiso que el concilio que convocó sirviera para hacer de la Iglesia una Iglesia de todos, desclericalizándola, pero especialmente una Iglesia de los pobres. La Iglesia latinoamericana reunida en Medellín hizo suyo este proyecto, y en efecto en toda América Latina y concretamente en nuestro país, se dio ese cambio de solidaridades. Y es una constatación de envergadura histórica que los pobres cobraron una gran esperanza con esta cercanía eclesial y se concientizaron y movilizaron. No es que afirmemos que la Iglesia fue la única fuerza social que los promovió, pero sí que tuvo un gran peso.

Sin embargo hoy no estamos en ese horizonte. Los costos de esta solidaridad abierta, hicieron retroceder a no pocos responsables y refugiarse en una dinámica centrípeta de reinstitucionalización. Esta dinámica ha sido reforzada por el talante corporativo de la dirección dominante de esta figura histórica. Además la crisis económica y el advenimiento de una época, caracterizada por el totalitarismo de mercado, en la que el cristianismo no tiene más visibilidad social que la que le otorguen sus adherentes, ha llevado al desconcierto y a procurar adaptarse a los requerimientos del mercado para no perder adeptos.

La insistencia que tiene más prestigio es el pietismo: la pretensión de anudar con Jesús como si se hallase presente, aunque no lo podamos ver. La relación directa con él, llenaría todas las expectativas. Se olvida así que Jesús no está aquí y que caminamos hacia su encuentro en su seguimiento, y se olvida también el horizonte del Reino: empeñar la vida en procurar la vida fraterna de las hijas e hijos de Dios.

En este horizonte pastoral no existe la categoría pobres como tal, ya que se ha perdido la referencia fundante al Evangelio.

Preguntas a los agentes pastorales

Los agentes pastorales ¿se sienten realmente en el barrio, dentro del barrio? ¿Se sienten a gusto en él? ¿Sienten que es su lugar, no sólo de apostolado sino de vida? ¿Hablan de los del barrio como de nosotros o se refieren a sus vecinos como a ellos? ¿Sienten que los suyos son sólo sus parroquianos o todo el vecindario, tan abigarrado y no reductible a otro común denominador que el ser del barrio?

Echar la suerte con el barrio ¿es tan sólo tomarse en serio la adaptación al lugar, necesaria o al menos muy conveniente para que cale en el barrio la propuesta que se lleva a él, o es una decisión última, es decir teologal, un requerimiento absoluto de Dios, participación de la lógica que llevó a la encarnación kenótica del Hijo de Dios?

El barrio ¿es sólo el lugar donde se vive y trabaja porque así lo quiere Dios o es también la perspectiva desde donde se enfoca toda la realidad?

¿Se ve en el barrio la expresión del pecado-del-mundo o sólo el resultado de su propio subdesarrollo? ¿Se ve en él complementariamente que donde abunda el pecado sobreabunda la gracia?

¿El barrio es lugar teologal, lugar reencontrarse con Dios y su voluntad? ¿O el barrio es el lugar donde aplicar lo que han aprendido y por tanto de simplificarlo por la sencillez de sus habitantes?

¿Se es capaz de percibir en el barrio el paso del Señor? ¿El agente pastoral se encuentra con Dios en el barrio porque ve del paso del Señor por él o también por el testimonio de vida y de palabra de cristianos de barrio entregados a Dios?

Preguntas a los colaboradores del barrio y cristianos de base

¿Vivo en el barrio como una condena o una desgracia o una mala suerte o, aunque sienta sus estrecheces y sus miserias, siento que el barrio es mi territorio y a los del barrio los míos? ¿Me da rabia lo malo que pasa porque lo veo como ajeno a mí o me duele porque me ataño? ¿Celebro lo bueno que hay y los acontecimientos positivos como algo mío?

¿Duermo en el barrio y trabajo y vivo en la ciudad o vivo también en el barrio porque en él descanso y tengo amigos y disfruto y colaboro con los vecinos para mejorarlo?

¿Siento que mi ser cristiano me pide que me comprometa con los míos o me parece que la religión no tiene nada que ver con eso? El que Jesús viviera en un medio popular y el que cuando se lanzó al ministerio lo hiciera desde la carencia de lugar social, desde la marginalidad, ¿creo fue una mera eventualidad o es expresión de su proyecto? ¿He pensado que desde el proyecto de Dios revelado en Jesús el evangelio debe ser propuesto desde abajo? ¿Dice esto algo sustancial a mi vida?

¿Miro sólo para arriba porque hay que ser positivo y subir hasta donde uno pueda o combino mi aspiración a la capacitación y a la mejora con la solidaridad con el pueblo? ¿Cómo balanceo en mi vida estos dos ejes vitales?

¿Me siento como delegado de la parroquia ante mi sector o como un miembro de la comunidad cristiana de mi sector? ¿Llevo lo decidido en la parroquia a la gente de donde vivo o vamos decidiendo entre todos y por eso también llevamos lo nuestro a la parroquia?

2. Punto de partida: Asumir la situación

«No pocas veces, el párroco se considera dueño de la parroquia y no concibe que la parroquia son, ante todo, los parroquianos a los que sirve» (Concilio Plenario Venezolano: Instancias de comunión). Desde esta actitud de fondo, la pastoral nace del párroco. Él es el sujeto de la pastoral en su parroquia. Los fieles son meros destinatarios. Si esto es así, la orientación pastoral y las acciones pastorales nacen y mueren con cada párroco.

Dificultad de asumir lo dado en el barrio

En una parroquia tradicional, la tradición hace de freno a esta tendencia. Aunque el párroco se asuma así, debe pactar con lo establecido, so pena de vivir en permanente conflicto. Pero en un barrio, donde todo es incipiente, es más fácil tanto que el párroco se considere que es el único que sabe, como que es el que tiene que dar las pautas e incluso hacerlo todo. Desde estos presupuestos, no hay nada que asumir. Esto se acentúa aún más porque el párroco al llegar normalmente no se va a encontrar con expertos en doctrina cristiana ni en rúbricas litúrgicas ni en organización pastoral. Si lo anima un criterio institucionalista, si para él los síntomas cristianos son estas señas de identidad, tenderá a pensar que realmente lo que hace falta es crearlo todo.

No es fácil que tome en serio que la gente es cristiana, incluso que es muy probable que haya muy buenos cristianos, mejores cristianos que él, de los que tiene mucho que aprender. No es fácil que capte que en esas personas hay una historia cristiana, una evangelización previa, cultivo cristiano, al menos el del catolicismo popular, pero también el de otros agentes pastorales que vinieron antes que él; en suma, que la parroquia son ellos y que él se inscribe en la dinámica del Espíritu para con ellos. No es fácil, como dice el Concilio Plenario

Venezolano que el párroco acepte que él no es más que un servidor de esa comunidad cristiana, un servidor seguramente temporal.

Asumir lo dado es la muestra más elemental de respeto, no sólo de respeto a las personas sino más aún a la acción de Dios en ellas. Porque antes de que llegara ese agente pastoral, ya había llegado Dios. No reconocerlo es una terrible ceguera que indica que nuestros criterios no nos sirven para secundar su acción en las personas y ambientes, porque ni siquiera capacitan para reconocerla.

Asumir lo dado es aceptarlo como punto de partida de la pastoral

Asumir lo dado es asumir las personas, las asociaciones y las actividades. No sólo, la situación que dejaron los anteriores agentes pastorales sino la situación cristiana de la gente. El que viene entra a una historia: tanto la de la misión como la de la religión del pueblo, como la de las relaciones entre ambas y las transformaciones a que dan lugar. Aun el primer agente pastoral en el barrio se encuentra con huellas de anteriores que pasaron o de aquellos a los que la gente acudió; y sobre todo con el ser cristiano de la gente y sus expresiones.

Asumir significa aceptar que ése es el punto de partida. Sólo así se encuentra el agente pastoral con la realidad: reconociéndola. Eso no implica ningún juicio sino la aceptación de que así es que él se hace cargo de ello y sobre todo de ellas y ellos. Hay que suspender el juicio porque el agente pastoral no es el paradigma. Y más aún porque, cristianamente hablando, lo primero no es el juicio sino el reconocimiento de la actuación de la gracia. La conversión es a esa gracia actuante («conviértanse al Evangelio»: Mc 1,15) y lo que hay que cambiar es para que dé de sí.

Sin este punto de partida o se destruye lo que hay o se provoca una resistencia y una división. Pero, más aún, sin ese punto de partida no se predica al Dios de la gracia sino que se implanta una institución absolutizada.

Eso no significa que quien va se ponga entre paréntesis. Basta con que no se imponga, con que dé lugar, con que no se restrinja a sus planes sino que emplee tiempo en tomar contacto. Este despacioso conocer sin juzgar es el grado mínimo de reconocimiento y respeto que posibilita el diálogo.

Asumir la situación en un barrio es mucho más sutil que hacerlo en una cultura tradicional, por la fragmentación y semiprivatización del espacio religioso.

Es obvio que no significa tampoco atenerse meramente a satisfacer las

demandas de la gente o a proseguir los programas de los anteriores agentes pastorales. El continuismo implica un juicio positivo de lo que existe y una cierta sacralización de ello. Pero la ruptura también expresa su rechazo. Se trata de mantener el juicio relativamente suspendido, no porque uno carezca de ideas ni planes sino porque no se sabe qué significarían en esa situación y porque uno no es el dueño de la Iglesia.

Sinteticemos: Aceptar lo dado como punto de partida es partir de ello: de lo que existe, de su dinámica, sus problemas y sus ausencias. No implica un juicio. Por el contrario exige retener el juicio, postergarlo. Es un mínimo ejercicio de respeto y presupone que el agente pastoral no toma contacto con la nada, no entra a tierra de nadie sino a una cristiandad en la que antes estuvieron otros y sobre todo estaba Dios y su Espíritu y había gente cristiana.

El lugar donde va el agente pastoral es punto de partida para él, pero no para la acción de Dios ni para el cristianismo; entra a procesos en marcha, más o menos de parte de agentes pastorales anteriores y desde luego de la religión del pueblo.

La pastoral es un proceso histórico. Si el agente pastoral la entiende por el contrario desde sí mismo como sujeto absoluto, todo se rompe y recommienza con cada cambio de personal. Aun suponiendo las mejores intenciones, desde este supuesto no cabe acción pastoral.

Consecuencias para la pastoral suburbana de no asumir la situación

En un lugar de gran tradición religiosa muy institucionalizada el agente pastoral, aunque quisiera comenzar desde su entender, estilo y proyectos, encontraría una tremenda resistencia. En el barrio, lo que sucede es que se retiran bastantes de los que habían colaborado con el agente pastoral anterior, se forma un nuevo grupito; se estancan o se caen o se transforman traumáticamente las actividades anteriores, y arrancan otras nuevas, que con el siguiente correrán la misma suerte. A la larga, unos emigrarán religiosamente a lugares del centro de la ciudad donde satisfagan sus llamados y deseos. Y estos mismos y muchos otros privatizarán su vida religiosa, y se intercambiarán entre sí creando un circuito alterno: las diversas manifestaciones de la religión del pueblo. No se forma tradición pastoral eclesial. Y la razón es que no hay Iglesia ya que el agente pastoral en la práctica se comporta como si la Iglesia fuera él.

Si el agente se considera el sujeto y relega por tanto a la gente del barrio al papel de destinatarios, este resultado será inevitable. Este esquema puede darse en la manera tradicionalista de entender el organigrama diocesano, que parte de la división entre la Iglesia docente, a la que Cristo entregó el depósito de la revelación y el encargo de pastorear, y la Iglesia discente, que es la que aprende y es dirigida permanentemente; o bajo la forma de la relación ilustrada, sea de la ilustración liberal o de la socialista, que coinciden en que el ilustrado es el ser humano adulto y por eso generosamente se dedica a estimular la humanidad del no ilustrado, pero, aunque lo haga con toda humildad, la relación es unidireccional y vertical. La continuidad se da cuando los agentes pastorales llegan moldeados por el mismo patrón; aunque, aun así, será muy posible que varíe sustancialmente el entorno del agente pastoral ya que, al ser el sujeto él y no diferenciarse del anterior por el contenido, tiene a diferenciarse por el grupo de referencia, que se forma exclusivamente por afinidades.

Todo lo dicho será el traslado a lo pastoral de nuestra situación política en la que el Ejecutivo es casi todo y obra de tal modo que impide que se forme el Estado y que los ciudadanos asuman su papel. Por supuesto, estos funcionarios no se sienten responsables ante los ciudadanos, en este caso ante el resto del pueblo de Dios, y no aceptan ningún mecanismo institucional de responsabilidad jurídica.

Preguntas:

¿Es sensato que cada agente pastoral lo cambie todo?

¿Está capacitado el agente pastoral recién entrado a una parroquia o vicaría para discernir si lo que impulsa va por buen camino? ¿Se puede evitar o ahorrar el contacto personal despacioso y reiterado y la asistencia como participante a las manifestaciones que existen, para saber por dónde sopla el Espíritu en el barrio y qué es fecundo en él?

Pero, si es visto como el que tiene todo el poder eclesiástico ¿es posible que se percate de lo que hay, más allá de lo más institucionalizado según las pautas de la institución eclesiástica?

Si no se entra en la casa del pueblo, no puede llegarse a este punto de partida. Ésta es la relación intrínseca entre el presupuesto de la encarnación kenótica y por tanto de la inculturación, que era el tema primero, y éste del asumir lo dado, como punto de partida de la pastoral.

En definitiva la pregunta de fondo es quién es el sujeto pastoral y más aún quién es la Iglesia. Según el derecho canónico en la práctica es la jerarquía, ya que, aunque el párroco en diversas materias tiene el deber de consultar a su feligresía, él es el que toma como responsable las decisiones. Según el Vaticano II el sujeto es todo el pueblo de Dios y en concreto la comunidad cristiana local a la que va a servir el agente pastoral que llega, aunque esa comunidad pertenezca a la Iglesia particular que envía al pastor. Pero la Iglesia particular no puede entenderse al margen de las comunidades locales, aunque es más que su suma.

Preguntas sobre asumir lo dado como punto de partida

Cuatro preguntas pueden ser muy significativas para conocer el punto de partida real del agente pastoral:

¿Cuánto tiempo llevas aquí?

¿Qué cosas funcionan más o menos bien en la parroquia?

¿Cuándo comenzaron?

¿Qué te pareció bien de lo que había?

La primera pregunta parece obvia en cualquier caso. Pero al responder cuándo comenzó lo que está en marcha, ya se puede comprobar si lo comenzó él o continuó lo que había con su impronta o combinó el cultivo de una parte sustantiva de lo que había con la introducción de algunas innovaciones. Si las innovaciones comenzaron al poco de venir él, es que venía con un proyecto hecho de antemano, si comenzaron un tiempo después, pudieron surgir del análisis de la realidad.

La cuarta pregunta sirve para ver si lo que le pareció bien es lo que estaba de acuerdo con lo que él traía de antemano o realmente le parecieron bien cosas que vio en el barrio y se abrió a ellas.

Otras preguntas pueden ser las siguientes:

¿Conoces a personas en el barrio que puedas catalogar como verdaderos cristianos? ¿Por qué te parece que lo son?

¿Cómo alimentan su vida cristiana? ¿Cómo les ayudas en aquello que a ellos les sirve?

¿Te parece que la gente del barrio lleva a cabo actividades cristianas con fruto? ¿Participas de ellas?

¿Qué has ideado tú para fortalecer esas riquezas cristianas de los cristianos del barrio y del barrio como vecindario?

Preguntas para los colaboradores y cristianos de base

¿Qué recuerdas de cada uno de los diferentes curas que han pasado por aquí?

¿Cada uno ha seguido el trabajo del otro o cada uno traía sus propias ideas y propuestas?

¿Se ha enterado cada uno desde dentro de lo que había antes de que viniera él?

¿Les han ido preguntando qué es para ustedes ser cristiano y de qué se ayudan para serlo? ¿Les preguntó cada uno al entrar en la parroquia y luego les iban preguntando en cada caso que se presentaba?

¿Les han ido preguntando si lo que ellos hacían les ayudaba para conservar y profundizar su vivencia cristiana?

3. Estructura de base: Puesta en marcha de la Primera eclesialidad

En qué consiste la primera eclesialidad

La primera eclesialidad o primera comunión consiste en llevarse mutuamente en la fe, en el amor fraterno y en la vida cristiana concreta los agentes pastorales y el pueblo. En la primera eclesialidad todos concurren como cristianos. Cada quien está con los demás como cristiano. Está con los demás para hacerse cristiano. Nos vamos haciendo cristianos juntos en el proceso inacabable de iniciación al misterio cristiano. Un proceso vivido de modo insustituible por cada quien, pero en el que la fe de cada uno anima a la fe de los otros. Todos nos llevamos mutuamente. Ésta es la primera comunión cristiana, la de los santos. Cuando existe, acontece la Iglesia.

Este llevarse mutuamente es el estribillo de la parte parenética con que concluyen las cartas de Pablo. Lo desgrena en todos sus armónicos: edifíquense mutuamente, ayúdense unos a otros, corrijanse, sopórtense, enséñense, consuélense, sean compasivos, sean tolerantes, perdónense, sométanse unos a otros por amor a Cristo, ayúdense a llevar las cargas, ámense unos a otros con amor fraterno, salúdense unos a otros con el beso santo.

Todos los seres humanos estamos vertidos hacia los demás; ésta es nuestra posición en la realidad antes de cualquier decisión nuestra de convalidar positivamente esta versión o de no hacerle justicia negando esos lazos constituyentes o relacionándonos negativamente. Esto es así porque la humanidad es una magnitud real, no sólo un ente de razón, y constituye el sistema más denso, articulado y creador, de la estructura dinámica que es la realidad.

Jesús es prototipo de humanidad porque es el molde en el que hemos sido creados los seres humanos que somos así imágenes de la Imagen perfecta de Dios, que es él. Es también arquetipo de humanidad porque se relaciona habitualmente con todos los seres humanos y de este modo, atrayéndonos a sí (Jn 12,32), como un campo gravitatorio, con el peso infinito de su humanidad (Col 2,9), nos humaniza. Así el cuerpo social en el que está llamada a constituirse la humanidad poniendo en común cada uno sus haberes, es realmente el cuerpo de Cristo. Los cristianos somos sacramento de esta unidad a la que está llamada la humanidad. Pero sólo lo somos, si actuamos personalizadamente esa respectividad que nos constituye. Esto es nada menos que lo que se juega en la primera eclesialidad.

La segunda eclesialidad consiste en la comunión de los agentes pastorales con el pueblo y la del pueblo con los agentes pastorales. Sobre ese entramado de la primera eclesialidad vienen las funciones, los servicios, las tareas, los carismas. A este nivel cada quien es para los demás. Así pues, la segunda eclesialidad no tiene más finalidad que cualificar la primera. Y en verdad la experiencia histórica nos confirma que cuando se ha dado de esta manera, el resultado ha sido una Iglesia sacramento de esa unidad a la que está llamada la humanidad, en el doble sentido de embrión de ella y de estímulo e instrumento para que se vaya dando. Por tanto es importantísimo que estas funciones se den y que se den en el seno de la común fraternidad de las hijas e hijos de Dios.

Dificultad de vivir la primera eclesialidad en el barrio

Esta estructura, que distingue sin separar, una primera eclesialidad, la básica, en la que todos estamos convocados, y una segunda en la que unos estamos para los otros, se realiza en la religión del pueblo. Sin embargo en la religión de la institución eclesiástica la segunda eclesialidad amenaza con ocupar todo el lugar trastocándolo todo. La consecuencia es que unos se creen más y otros menos; unos, dueños de la Iglesia, otros los que acuden a ella para satisfacer

demandas religiosas; unos crean y controlan las ofertas, otros, los demandantes, no tienen más que recibir.

Esta ideología religiosa que vacía la comunión católica, se refuerza en el barrio con la dominación cultural ya que la religión de la institución eclesiástica y el propio agente pastoral pertenecen a la cultura occidental dominante y la gente de barrio posee una cultura dominada y una religión igualmente dominada, no reconocida. Esta falta de reconocimiento tiene dos manifestaciones fundamentales: ninguna persona de barrio, en cuanto que se caracterice como tal, puede ser agente de pastoral oficial (es decir cura o vicaria), y en la estimación de los responsables eclesiásticos, la religión del barrio queda reducida a la condición de piedad popular, es decir al ámbito de lo devocional.

El sacerdote y la religiosa tienden a considerarse a sí mismos como los especialistas en religión, porque son los que la han estudiado y la manejan profesionalmente, y como los representantes oficiales del cristianismo en el barrio. En estas condiciones de superioridad ¿cómo hacerse cristianos junto con los demás? Incluso el concepto de hacerse cristiano les parece inapropiado. Ya lo son. Son cristianos viejos y adultos en la fe, aunque disten de ser perfectos, lo que, según ellos entienden, es otra cosa. Estar con gente de barrio como simples cristianos no es posible, sería una ficción, y además, una irresponsabilidad: enterrar el talento y el encargo que Dios les dio.

En este esquema el sacerdote es padre, no hermano, aunque sea un padre moderno: campechano, igualitario. Está para sus feligreses. Los religiosos(as) son hermanos entre sí y entre sí se ayudan a ser cristianos. Pero en el barrio están para ayudar a la gente.

Es muy difícil que sientan la necesidad primordial de ser hermanos de los del barrio. Pueden admirar el cristianismo de algunos, pero no es fácil que sientan que ellos les puedan ayudar. Se pueden ayudar ellos mismos con el ejemplo y estímulo de los del barrio, no con su acción directa: no con sus palabras de enseñanza, de consejo, de exhortación, de revelación, de emplazamiento; a lo más con su compañía, con su relación.

La gente del barrio, por su parte, preferirá de entrada que se atengan a su papel establecido. No se sentirá cómoda entablando otro tipo de relación porque les tienen el respeto que ellos les han inculcado, que se manifiesta como diferencia y superioridad. Además ¿cómo sabrán que la propuesta del cura de que lo traten como a un hermano es real y no una mera ideología, que revelará

su carácter cuando surjan dificultades o el agente pastoral se vea en una situación incómoda? Como además el derecho canónico lo favorece siempre...

Estructuras concretas de la primera eclesialidad

Lo más importante es tener la preocupación de que nada sea hecho para otros sin que sea también para uno mismo. Para poner el ejemplo más obvio, que no se predique nada que el que predica no se lo diga también a él mismo; es decir que el discurso sea desde el sujeto personal y no desde el especialista o desde el encargado. El que el agente pastoral cuando se desempeña como tal se considere a sí mismo también como paciente pastoral garantiza que el discurso sea desde la realidad concreta y no sólo desde la ley abstracta o los rituales o los libros de teología. Si ni siquiera se da la transitividad en el interior del agente pastoral ¿cómo va a darse entre él y los destinatarios? Cuando el agente pastoral no obra nunca únicamente como agente pastoral sino como el cristiano concreto que es, está en condiciones de hacerse cargo de los demás cristianos, y su gestión es desde la realidad que comparte con los demás.

Pero lo dicho, que es requisito indispensable, no basta. Es imprescindible que el clima de cualquier actividad pastoral sea que en ella participen todos, que no haya espectadores y que las funciones específicas que desempeñan algunos sean para incrementar la participación, no para distraer de ella. En la pastoral el objetivo es que todos, incluido obviamente el agente pastoral, mejoren, que se encuentren más con Dios y con los demás, que participen del misterio cristiano. Por eso todos estamos en la pastoral ante todo y sobre todo como simples cristianos.

No tiene sentido seguir celebrando sacramentos como ritos esotéricos que oficia el especialista y los aplica a los que lo reciben, que sólo muy someramente saben lo que está aconteciendo. Los sacramentos son celebraciones de la comunidad para la misma comunidad. No podemos resignarnos a que esto sea sólo una declaración de principios o un ideal inalcanzable.

Pero lo mismo sucede con el catecismo: el que lo recibe lo recibe como sujeto y no como mero destinatario. No puede darse el catecismo como una clase con su correspondiente examen. El catequizando está iniciándose en el misterio cristiano. Es un proceso absolutamente personal que realiza un sujeto humano desde lo más hondo de sí. El catequista lo ayuda desde su fe y el conocimiento de la Tradición, es decir desde la relación íntima que mantiene

con lo que nos viene desde los apóstoles y en definitiva de Jesús. Es una relación personal entre dos sujetos, no entre un sujeto y un destinatario. El catequizando es sujeto porque antes de recibir el catecismo ya posee el Espíritu Santo, ya lo atrae Jesús con el peso infinito de su humanidad, y lo sostiene el amor creador de Papadios que lo ha creado para que llegue a ser hijo en su Hijo. Y porque, si recibe la catequesis, es porque en la medida que Dios conoce, ya ha seguido a Jesús, aunque no sepa su nombre, y ha obedecido al impulso del Espíritu, aunque no sepa su nombre, y ha confiado en el amor creador del Padre materno. Incluso está empezado a responder en la dirección del seguimiento explícito.

Si se da este clima, si este ambiente empapa todo, se procurará o que todo salga con una llaneza tal que nadie tenga que salir de él mismo y todos puedan estar recogidos, aprovechando espiritualmente el momento (eso tiene que ver con el ritmo; no significa que el acto no sea cualitativo: al contrario), o que, si el acto es altamente diversificado porque por ejemplo se celebra un acontecimiento importante, se prepare de tal manera que cuando se dé, acontezca para todos y en primer lugar para los que tienen actuaciones más destacadas, es decir que no estén como profesionales, como actuantes sino como cristianos que gustan y sienten lo que están haciendo.

Esta preocupación ayudará a redimensionar lo que se haga de modo que logre sus fines y en ese sentido sea adecuado. Porque resulta que a veces la atención se distrae en mil detalles accesorios y así nadie está aprovechando el momento: unos gastan todas sus energías en cuidar que las cosas estén a punto, los otros son espectadores que están viendo si dan su aprobación o no a lo que se les está presentando. Una misa así no es ya una misa, aunque resulte muy bonita, y lo mismo un acto en honor a la Virgen, una procesión, la fiesta del santo patrono, unas primeras comuniones, un encuentro de comunidades o cualquier otra actividad.

Eso no significa que cada quien ande ensimismado, atento únicamente a los ritmos interiores, procurando sentir devoción. Significa que se esté en lo que se está sin perder de vista el objetivo último por el que se hizo, que no debe ser la vanidad o una mera manifestación artística ni siquiera la pura participación sino el que conduzca todo a avanzar en la vida perdurable.

Es decir que la función nunca debe opacar la dimensión más de fondo de ser paciente pastoral. Si esto ocurre, ya no es una función pastoral.

Hay que decir que el ambiente del barrio ayuda a que el agente pastoral esté como cristiano porque en él todo está a flor de piel, tanto las necesidades

y los problemas como la excelencia humana y la vivencia cristiana, y porque las funciones y los papeles están menos dibujados. Todo esto ayuda a que el agente pastoral dé de sí, de lo que tiene dentro como persona, de lo que es, y no tanto de lo que sabe y de la profesionalidad alcanzada.

También ayuda el barrio a que las celebraciones y más en general las actividades cristianas, como la catequesis, se orienten y salgan de una manera fluida, participativa, menos convencional, porque en el barrio las cosas están menos estandarizadas y ritualizadas; en él todo tiene una fluidez mucho mayor que en la ciudad normalizada, de manera que pueda realmente acontecer como algo creativo, realmente trascendente y trasformador, tanto para el agente pastoral como para los del barrio.

Pero además de que para el agente pastoral el estar como cristiano que quiere llegar a serlo cada vez más plenamente debe ser la dimensión fundante del estar para ayudar a otros, hay que considerar que hay estructuras en las que estar como cristiano es claramente lo dominante. La comunidad cristiana de base es una célula en la que subsiste la Iglesia en su dimensión más elemental. Es de base porque se desarrolla entre los que constituyen sociológicamente hablando la base de la sociedad; pero también porque en ella se realiza la primera eclesialidad y desde ella se van desarrollando los diversos carismas y ministerios.

Por eso es muy de lamentar que las CEBs hayan decaído tanto. Y causa más tristeza porque han decaído precisamente por el abandono de los agentes pastorales. En efecto, las CEBs son comunidades formadas por gente popular y no popular en el seno del pueblo. Como la gente no popular, es decir los agentes pastorales, o han dejado el medio popular o están en él desde plataformas institucionales como representantes de ellas y no sobre todo como cristianos, se han quedado sin su aporte, y eso ha incidido significativamente en su vitalidad.

No basta con que todo lo que se haga sea participativo. También es imprescindible que existan comunidades que institucionalicen la primera eclesialidad de manera que en un desarrollo orgánico toda esa Iglesia llegue a ser comunidad.

Indicios que muestran si el agente pastoral se hace cristiano con los del barrio o sólo es pastor para ellos

Lo decisivo son las relaciones: si son mutuas, horizontales y fraternas y si llegan al nivel de la fe. Quiero insistir en la secuencia: no basta con que haya

relaciones mutuas; es indispensable que ellas se den precisamente en el terreno de la vida cristiana. Porque existen agentes pastorales modernizados que tratan a la gente con mucha llaneza y que incluso participan de algún modo en la cotidianidad de la gente, o más restringidamente en su convivialidad, pero que no comparten en profundidad su fe ni se llevan mutuamente a este nivel.

La primera pregunta se refiere al horizonte: ¿es deseable que la gente de la comunidad cristiana tenga acceso al proceso de hacerse cristiano el agente de pastoral, a las fuentes de que se nutre, y también a sus debilidades, incluso a sus problemas? El agente pastoral debe conocer a los que le están encomendados ¿pero debe a su vez dejarse conocer por ellos? ¿Es sensato abrirse a esta vulnerabilidad?

Esta pregunta por el horizonte es indispensable: en nuestra sociedad piramidal, establecida a base de relaciones asimétricas, quienes tiene a su cargo a otros, los conocen, y se asienta que debe ser así. Pero de ningún modo se dejan conocer por ellos. El presupuesto de esta asimetría es que conocer da poder. En este caso el agente pastoral tiene poder sobre los que se le han abierto. Pero no quiere dar a nadie poder sobre sí. Es lo contrario del Buen pastor que conoce a los suyos y se da a conocer a ellos.

La segunda pregunta, que especifica la primera, si hay acuerdo en que el conocimiento debe ser mutuo, indaga acerca de las actividades que lleva a cabo periódicamente el agente pastoral para alimentar su existencia cristiana: oración, examen, lectura espiritual, ejercicios espirituales anuales, retiros mensuales, prácticas de ascética, conversaciones espirituales... Se trata de detectar si participa en ellas gente del barrio, si algunas se hacen con ellos, si comunica de algún modo y en alguna medida lo que le sucede en esas prácticas. O si entiende que ésa es una cuestión estrictamente privada. La autorevelación es un asunto estrictamente personal que no se puede exigir a nadie y que debe hacerse con todo respeto y discreción. Pero eso no equivale a que no debe a hacerse de ningún modo.

La tercera cuestión toca a la misma pastoral para ver si en ella se mantiene la estructura básica. Por eso versa sobre el sujeto de la pastoral: ¿quién programa? ¿Quién lleva adelante lo programado? ¿Quién evalúa? ¿Quién zanja los conflictos? ¿Quién lleva la economía? La cuestión es si el sujeto es el agente pastoral o es el nosotros articulado que constituye la comunidad, si lo hace él para ella o si lo hace con ella.

El cuarto punto se refiere a la dinámica de la situación. En el desarrollo del ministerio ¿camina hacia la acentuación del «con ellos» como estructura básica, o de una situación más participada, de mutuo acompañamiento, se evolucionó hacia una mayor separación?

Una pregunta común a todos y la pregunta preliminar es si en esa parroquia o vicaría o capilla o comunidad se llevan a cabo actos religiosos objetivados, digámoslo así, para que cada uno se aproveche particularmente o si todo se hace personalmente.

El primer planteamiento parte de la base de que cada cual tiene su propio camino religioso y hay que respetar esa intimidad. La libertad de cada uno ante su Dios es un asunto sagrado en el que nadie puede interferir. Por eso lo conveniente sería crear un ambiente religioso en el que cada uno pueda dar rienda suelta a su devoción. Se prestan servicios, pero relativamente abstractos, de modo que sea cada uno el que los personalice. Lo básico sería crear un ambiente sacral y dar pistas, múltiples pistas, para que cada uno agarre la suya, la que más le ayude.

El segundo planteamiento parte de que la persona lo es precisamente por las relaciones que entabla, aunque no toda relación personalice. Por tanto es imprescindible que todo se lleve a cabo a través de relaciones mutuas, pero personalizadoras, es decir en las que cada uno esté desde lo más auténtico suyo, desde la obediencia al Espíritu que mueve desde más adentro que lo íntimo de cada quien.

4. Objetivo absoluto: Contribución a que haya vida desde la vida fraterna de los hijos de Dios

El objetivo absoluto de la pastoral es el reino de Dios, es decir la vida fraterna de las hijas e hijos de Dios

No es tan claro en la práctica que la pastoral haya de tener un objetivo absoluto. Da la impresión de que la mayoría de las parroquias funcionan respondiendo a la demanda y ofreciendo alguna propuesta a partir de problemas o de oportunidades que se presentan o desde la índole del agente pastoral. Incluso las parroquias que tienen proyecto, éste suele presentar diversos objetivos más o menos articulados. Ni siquiera suele presentarse como idea el que deba existir un objetivo absoluto y si se planteara probablemente a la mayoría le parecería que la idea debe ser descartada.

Sin embargo nosotros estamos firmemente convencidos de que la pastoral debe tener un objetivo absoluto. La razón es que la pastoral no es otra cosa que proseguir la misión de Jesús y Jesús tuvo un objetivo absoluto en su vida. Este objetivo no fue Dios ni el pueblo elegido ni la humanidad. Fue el reino de Dios, que dice tanto la soberanía actual de Dios como acontecimiento escatológico (que suele traducirse como reinado), como el orden de cosas resultante de aceptar esa soberanía (que sería el Reino). Para Jesús el reino de Dios no se impone a la fuerza sino que deriva de la transformación de la historia que se opera cuando los seres humanos la urden desde la obediencia al designio de Dios sobre ellos y que culmina con la transformación radical que hará Dios mismo al fin de la historia, ya que, sin esa transformación, Dios no puede ser todo en todo por la inercia de la realidad y más todavía por la limitación inherente a su finitud.

Si la pastoral es la prosecución de la historia de Jesús desde su Espíritu, su objetivo absoluto no puede ser otro que el de la proclamación de la soberanía de Dios sobre cada persona, grupo, comunidad, institución y pueblo y sobre la humanidad como un todo, presentada como buena nueva con hechos y palabras, y la ayuda para que las vidas personales y colectivas se recompongan desde esa entrega a Dios.

La proclamación sinóptica del Reino se reformula en el cuarto evangelio como proclamación de la vida, una vida que se califica de vida eterna, que es la participación de la vida del Hijo, vida a la que se accede por un nuevo nacimiento de arriba, es decir del Espíritu, que no es otro que el de Jesús de Nazaret. Esta vida que da el Hijo es vida verdadera: andar en la verdad, la verdad sobre Dios, sobre el proyecto de Dios sobre el ser humano que revela la verdad del ser humano. Este andar en la verdad causa libertad.

Creemos que para una propuesta pastoral este lenguaje del cuarto evangelio es más asequible que el de los sinópticos, aunque para que sus contenidos simbólicos no se volatilicen o se malinterpreten, es decir para que se les dé carne histórica precisa, hay que interpretarlo a la luz de los sinópticos.

Partimos, pues, de la formulación joánica de que Jesús vino para que tengamos vida y vida en abundancia (Jn 10,10). Esta vida tiene niveles interconectados y todos pertenecen a la vida plena que nos da Jesús (Medellín: Introducción 6, tomado de la *Populorum progressio*). Más aún, su ministerio nos advierte que no se puede «espiritualizar» esa vida. Ése es el sentido de sus milagros y de exposiciones teóricas como el Buen Samaritano o el Juicio Final.

Pero si la vida que dan los cristianos no puede restringirse a «la vida del alma», no es indiferente el modo de darla. No es salvación dar despersonalizadamente, como una dádiva que degrada a la condición de objeto al que la recibe. Sólo salva al que da y al que recibe cuando el que da se da a sí mismo en el don y da con humildad fraterna, con la fraternidad abierta y misericordiosa de los hijos de Dios que se saben necesitados de misericordia y salvados por gracia.

Los que dan por supuesta la vida (los de la ciudad) y los que pasan la vida para lograr vivir (los del barrio)

Esta formulación compete a toda pastoral, pero nos parece particularmente pertinente en el barrio, donde la vida está amenazada de mil modos; más aún donde la misma existencia toma la forma de la agonía: lucha entre la vida y la muerte; y donde el Espíritu actúa creando posibilidades de vida, cuando éstas son negadas. En el barrio es claro que la utopía del Reino se refiere a lo mínimo que es lo máximo: la vida (Is 65,21-23).

Jon Sobrino insiste en que la división más profunda entre los seres humanos es la de los que normalmente dan por supuesta la vida y por eso se dedican a lo que a su entender es cualificarla, y los que viven para lograr vivir. Los primeros pueden dar por supuesta la vida porque se sienten seguros en ella: tienen un trabajo que les aporta establemente todo lo necesario e incluso lo conveniente: una casa digna y las comodidades que dan bienestar, además de la aceptación social que rodea al que tiene esa posición económica.

Estas personas, sólidamente establecidas en la vida, piensan que su posición es la normal, es decir que así es la vida, y que los que no llegan a ella constituyen situaciones excepcionales. No se dan cuenta que nadan a favor de la corriente, que las reglas de juego les favorecen, que ellos trabajan, pero que han sido pensionados hasta obtener una alta cualificación profesional y que los fines de semana, las vacaciones anuales, la enfermedad y la vejez corren por cuenta de la sociedad. Casi todas estas personas viven en ciudades.

En cambio en el barrio mientras estudiaban han tenido que ayudar económicamente a su familia, muchas veces con un trabajo estable; luego no han conseguido un trabajo fijo, incluso la mayoría viven de la venta ambulante, que significa que el día en que no salen a trabajar, no cobran. Éstos nadan en contra de la corriente, deben trabajar siempre, si no quieren morir de hambre, si quieren tener lo mínimo y algo de lo básico; pero, si se enferman, gastan todo

lo que tienen y se endeudan, y ordinariamente se la pasan enfermos con enfermedades de pobres. Para estas personas el tema de su vida es la vida misma: vivir. Eso es lo que ansían y lo que los mueve.

Vida humana, no mera sobrevivencia

Quiero insistir en que el empeño de vivir no equivale a la lucha por la sobrevivencia. Muchas personas del barrio, no sólo luchan por conservarse en la existencia sino específicamente por vivir una vida humana. Esto no significa que con tanta tensión continua tan insoportable, a veces no se dejen llevar por pulsiones primarias, que los deshumanizan y además agravan su situación. Esto ocurre no raramente. Pero muchas de esas personas, como continúan con su objetivo vital, tienen la capacidad de volver sobre sí y rehacer su vida y hasta llegan a convertir sus extravíos en sabiduría de la vida. El objetivo de muchos pobladores del barrio (lo lograrán más o menos) es vivir humanamente y eso se expresa como una vida que hace justicia a las diversas dimensiones de la vida humana y a sus ritmos.

El que la ciudad los ayude poco y los desfavorezca de muchos modos, agrava mucho la situación de los pobladores de barrios. Es lo que hemos calificado de luchar contra corriente, lo contrario que sucede con los habitantes de la ciudad. Pero si esa situación tan desventajosa los obliga a hacerse cargo simultáneamente de todos los aspectos de su vida, con la sobrecarga y tensión anímica que ello origina, también los obliga a dar de sí a fondo e incluso a ir más allá de sí. Los estimula a constituirse en sujetos humanos.

Contenidos inexcusables de esta vida son la comunicación, la convivialidad, la salud, la alimentación, el hábitat del barrio (casas, calles, aguas blancas y negras, transporte, seguridad, recreación...), los grupos y asociaciones, la capacitación, lo productivo, lo cultural, los derechos humanos, la defensa de la vida, la celebración, la fiesta y también para muchos la relación con Dios, como compañero entrañable y fuente de vida, creatividad, coraje y dignidad.

Cultivo de las diversas dimensiones de la vida con la unidad que da el hacerlo todo desde la fraternidad de los hijos de dios

Lo primero que hay que averiguar es si en la pastoral que se lleva a cabo en el barrio hay un objetivo absoluto que unifica todo lo que se planifica y realiza o si se atiene meramente a atender a la demanda establecida que se

suele reducir a las celebraciones estacionales (las del ciclo litúrgico y las locales), además de la celebración religiosa de acontecimientos, a los ritos de iniciación y al catecismo inicial

Lo segundo es si en el horizonte concreto de la pastoral que de hecho se lleva a cabo está el objetivo del Reino de Dios, el de la vida en todos sus aspectos desde la vida fraterna de las hijas e hijos de Dios. Quiero insistir en que es distinto que uno atienda a diversas dimensiones de la vida, a que las atienda como expresión de la fraternidad de los hijos de Dios. En primer lugar quisiera recordar que la fraternidad de los hijos de Dios es una magnitud trascendente y que se distingue de la de carne y sangre en que es abierta e incondicionada, que se ejerce independiente de la condición moral de las personas, de su afiliación política, de su proveniencia étnica o de su afinidad personal o pertenencia institucional. Desde esta fraternidad trascendente, cada dimensión que se atienda se realiza no como un profesional ni como un bienhechor que da desde arriba ni como un integrante del mismo grupo sino de una manera discreta, gratuita, horizontal y, en lo que sea posible, mutua.

Así pues habría que averiguar dos aspectos: el primero es si en la pastoral que se realiza están presentes en alguna medida o de algún modo todas las dimensiones de la vida: los elementos materiales (comida, vestido, vivienda, hábitat); la convivencia, la comunicación, el reconocimiento, los grupos y asociaciones (deportivas, recreativas, de vecinos, de derechos humanos, de defensa del hábitat...); la condición de sujetos de los habitantes del barrio, tanto a nivel individual como colectivo (hasta qué punto ellos diseñan, producen, dirigen y llevan entre manos mancomunadamente tanto su vida material como su convivencia); la condición de hermanos en Cristo e hijos de Dios.

El segundo es si estas dimensiones están atendidas como líneas yuxtapuestas o si están interconectadas.

El corazón de la pastoral debe estar en la promoción de la dimensión de hermanos en Cristo e hijos de Dios. Pero ella no ha sido tomada en serio, si no se extiende de modo directo o indirecto a la promoción y el respaldo de las otras dimensiones. Insisto que en unas puede darse la promoción y en otras el respaldo: la parroquia o la vicaría o la capilla o el núcleo pastoral no tiene por qué promover todo y ni siquiera la mayoría de las actividades. Pero sí tiene que tenerlas en el horizonte para que los cristianos colaboren como un aspecto ineludible de su realización cristiana.

Dicotomía entre pastoral religiosa – pastoral promocional o integralidad

Hay que averiguar si el planteamiento pastoral es dicotómico, es decir si atiende sólo una de las dimensiones: bien lo religioso o sólo lo demás. Lo llamamos dicotómico porque disuelve la unidad real, internamente diferenciada, que compone la vida concreta.

Puede ser dicotómico de dos maneras: La primera es cuando sólo hay actividades religiosas en sentido estricto: como la realidad es tan densa, opaca y difícil, se renuncia a contribuir a que haya vida, confinándose en lo estrictamente religioso (lo devocional, lo cultural, lo formativo en orden a mantener la afiliación o incorporar a otros) y en lo moral. Es un caso extremo, pero se da. También se atiende sólo el objetivo religioso cuando las actividades que tienen que ver con la vida material se hacen como cumplimiento de un deber religioso o como un peaje para que el destinatario tenga que aceptar lo religioso (en ambos casos lo religioso es objetivo absoluto y la vida material o la educación mero medio).

El segundo modo de dicotomía es cuando lo fundamental es el estímulo de la vida (intelectual, económica, social, política y material) y lo religioso es puro medio para motivar a ello. Esto sucede en agentes pastorales modernizados que han identificado lo evangélico con el fomento de la vida, separándolo de lo religioso, que, debido al proceso de secularización, ha quedado un tanto arrinconado. Esto se acentúa cuando agentes pastorales con estas características, por ejemplo una comunidad religiosa, están especializados en educación o (más raramente) en salud o en organización popular.

En el primer caso el fomento de la vida no es expresión fraterna, no entraña relación personal sino que se hace por «amor a Dios», como persona religiosa. En el segundo caso se lleva a cabo como profesionales con «mística», es decir con dedicación, con generosidad; pero tampoco es expresión de la fraternidad plena de los hijos de Dios.

La dicotomía llega al máximo cuando una de las dimensiones de la vida acaba siendo tan residual que apenas se le dedica tiempo ex profeso. Esto puede acontecer de dos maneras: Primera cuando no hay apenas líneas de trabajo en esa dirección: no hay ni cooperativas, ni visitas a enfermos ni encarcelados, ni comités de derechos humanos o de salud, ni fondo de solidaridad... o por el contrario cuando falta la catequesis diferenciada, el desarrollo litúrgico, la lectura asidua del Evangelio... Y segunda cuando en cada una de estas líneas de trabajo no están las otras como dimensiones realmente

actuales. Así pues habría que ver si las actividades están bien balanceadas y si su desarrollo interno es integral.

Como la pastoral es un proceso, en rigor bastaría con que hubiera verdadera integralidad, ya que, si ésta se da, tarde o temprano el cuadro de líneas de trabajo se diversificará y balanceará. Mi experiencia es que si se comienza por la vida sin ser expresión de la fraternidad de los hijos de Dios, difícilmente se pasa a ésta; en cambio, si se deja que la semilla de filiación-fraternidad germine, sobre todo si se da en una comunidad cristiana personalizada, su fruto será una atención sostenida a la vida integral, con particular atención a la vida material disminuida y amenazada.

Tentaciones

Una tentación grave de la pastoral de barrio es la de procurar la vida de la gente como bienhechor. El agente pastoral se impresiona por tantas necesidades y quiere resolverlas en cuanto de él dependa. Como tiene recursos e influencias, ya que aunque está en el barrio conserva conexiones cualificadas fuera de él e incluso pertenece a engranajes que tienen cierto poder, se mueve con todo el ardor de su sensibilidad remecida, remueve a otros, accede a organismos y consigue mejoras más o menos importantes para el barrio. Pero los del barrio son meros destinatarios. Esa vida no sale de ellos, no es expresión de la vida fraterna que hay en el barrio ni de la de otros fuera de él. Si el agente pastoral fuera realmente hermano, se habría mediado por sus hermanos del barrio y esa fraternidad habría determinado el qué y el cómo: cuántos recursos, para qué emplearlos, quién los administra, cómo se canalizan...

Lo que en el barrio se haga desde arriba y en definitiva desde fuera (aunque el agente pastoral viva allí) remedia aspectos concretos; pero la falta de valoración que induce en aquéllos que reduce a destinatarios, el que su «salvación» no salga de ellos, a la larga es más negativo que lo positivo concreto que produce, y en todo caso no es la salvación de Jesús.

Pero a la larga tampoco basta con que lo que se haga se lleve a cabo participativamente. Si se hace de un modo secular, es decir, si no entra en ello significativamente gente de la comunidad cristiana (no ella como tal), las dificultades de relación y los problemas que surjan, erosionarán lo que se trae entre manos, y la gente se dividirá y retirará. Esto no tendría que ser así, pero una experiencia prolongada nos ha hecho ver la importancia decisiva de la

comunidad cristiana, cuando es abierta y realmente fraterna, para que los procesos de participación popular se mantengan dinámicamente.

Otra dificultad es que el agente pastoral haga pagar un peaje religioso para que reciban algo de vida, algún recurso o capacitación. O que el sujeto de los proyectos sea la comunidad cristiana en vez de la comunidad humana en la que la comunidad cristiana está inserta. En ese caso lo cristiano divide y además se recorta sectariamente el proyecto del Reino, que es para todos pasando por la puerta de los pobres, sean o no creyentes, se sientan o no de la Iglesia. Ya que la Iglesia es el sacramento que proclama esta universalidad situada y se pone a su servicio.

Una insistencia coyuntural

Desde hace varias décadas se viene dando en nuestros barrios el hecho de que varones adolescentes y jóvenes vienen siendo asesinados a causa de la violencia horizontal, protagonizada sobre todo por bandas organizadas, conectadas frecuentemente con la distribución y el consumo de la droga, y en segundo lugar por agentes policiales. Se puede afirmar con verdad que están diezmando a una generación. La característica actual de este fenómeno es su impunidad: no sólo no actúa la policía sino que en este aspecto el Presidente ha mantenido absoluto silencio, como si no existiera el problema.

La consecuencia es la absoluta desprotección de los vecinos, con el abatimiento, la desolación, la desesperanza de la gente. El trauma es tan hondo que, siendo tan irresoluble el problema de la vivienda en la ciudad, no pocos pobladores de barrios están desesperados por encontrar en ella un huequito, aunque sea muy estrecho e incómodo, con la esperanza de ver crecer a sus hijos sin la probabilidad muy alta de que los maten. La gente está tan obsesionada que muchísimas conversaciones giran sobre este tema, además de que ya se tiene miedo incluso de ir a los velorios porque es bastante frecuente que irruman en ellos disparando.

Esta violencia enquistada es la negación más drástica del derecho sagrado de la vida. Su envergadura es tal que no puede no configurar acciones pastorales concretas.

La primera es la reafirmación explícita, frecuente y fehaciente de que la vida es sagrada, que no podemos acostumbrarnos al asesinato, que no podemos resignarnos a la impunidad. Esto hay que decirlo siempre, tanto en las

conversaciones como en las reuniones, en las oraciones, en los grupos y en las celebraciones litúrgicas.

La segunda es que no podemos dejar solos a los adolescentes y jóvenes, que hay que reanudar a como dé lugar el diálogo con ellos. Que hay que seguir considerándolos como de los nuestros. Que hay que ver cómo se procesa su situación y cómo se ofrecen alternativas.

La tercera es que hay que hablar del tema responsablemente entre los vecinos evitando el amarillismo y la fetichización: conversar para sacar afuera el miedo, el dolor, la frustración; para tratar de comprender; ver qué se puede hacer, tanto al nivel de los muchachos como de sus familias.

La cuarta es que hay que presionar al Estado, ya que la seguridad de los ciudadanos es su cometido y su obligación más elemental; hay que hacerlo organizadamente y sin tregua. Hay que lograr que el Estado se haga cargo de este problema de manera resuelta y eficaz, evitando restringirlo todo a la represión, buscando la rehabilitación y la prevención. En esta búsqueda deben colaborar los vecinos e implicarse las familias.

En la utopía de mínimos que plantea el libro de Isaías tras el destierro ocupa un papel destacado el no engendrar hijos para la catástrofe, el que todos lleguen a viejos e incluso el que la vejez se retrase por la vida saludable y armoniosa (Is 65,20.23). ¿Tendremos que resignarnos a que este mínimo, voluntad absoluta de Dios, no esté a nuestro alcance? Si así sucediera, ya no creeríamos en el Dios de la vida y nos habríamos perdido el respeto a nosotros mismos. La pastoral de barrio tiene que esforzarse por todos los medios por erradicar la violencia contra los adolescentes y jóvenes.

Preguntas

¿Se ha planteado en su pastoral algo así como un objetivo que englobe a todo lo que hacen, de manera que las distintas líneas de acción sean manifestaciones y concreciones de este objetivo? ¿O van haciendo cosas diversas respondiendo a las situaciones, y la unidad la da más bien el estilo con que se hacen, la inspiración que las anima?

¿Han planteado a la gente cuál sería el sentido de la presencia de la Iglesia en el barrio, es decir qué tendrían que hacer los católicos y coordinar los

agentes pastorales? ¿Qué piensan los católicos del barrio que deben hacer ellos como católicos que son, ayudados y estimulados por los agentes pastorales?

¿Cuáles son las líneas de acción de la pastoral de la parroquia o de la vicaría?

¿Qué se hace para que los católicos vivan como verdaderos hijos de Dios y crezcan en esa relación filial con él? ¿Se plantea expresamente el seguimiento de Jesús? ¿Qué se hace sistemáticamente para que los católicos avancen en el conocimiento del modelo que es Jesús y para que sientan deseos de seguirlo? ¿En el horizonte de la pastoral está el secundar el movimiento del Espíritu en uno y en la situación? ¿Se enseña metódicamente a discernir los espíritus en la vida personal y en los acontecimientos?

El vivir como hijos de Dios, tal como se lo propone ¿de hecho redundan en más vida en quienes viven esta propuesta? ¿En qué se nota? Y el seguimiento de Jesús ¿hace más humano? ¿Lo percibe la gente así? ¿Cómo lo expresan? Seguir el impulso del Espíritu ¿produce vida? ¿Cómo?

¿Qué se hace en orden a que los carenciados y privados de vida lleguen a tener más vida? Las personas que son destinatarios de estos programas ¿son también agentes de los mismos? ¿En qué medida?

La vida que se da, ¿se da por altruismo o como expresión de la fraternidad de los hijos de Dios? ¿En qué se nota?

¿Se hace ver sistemáticamente la importancia, desde el punto de vista cristiano, del trabajo productivo como fuente de humanización y no sólo como medio de vida? ¿Se propicia que los cristianos valoren el trabajo como realización vocacional y no sólo como fuente de recursos? ¿Se forma a los cristianos en el trabajo como hacerse cargo responsablemente de la creación, tanto de la naturaleza, para preservarla y optimizarla, como de la historia para humanizarla? ¿Se insta a los cristianos a luchar para que la fuerza de trabajo (y el salario que la expresa) no sea una mercancía?

¿Se trabaja sistemáticamente por la valoración de la familia, tanto la consolidación de la pareja, como la responsabilidad respecto de los hijos, como la formación de una verdadera comunidad dinámica, corresponsable y abierta?

¿Se valoran y promueven los consejos comunales y demás asociaciones vecinales y barriales, incluyendo las comunidades educativas?

¿Se hace ver que la responsabilidad ciudadana e incluso la vocación política forman parte del servicio que el cristiano debe prestar a su sociedad? ¿Se estimula la formación política, se promociona la enseñanza social de la Iglesia, se hace ver lo que implica la perspectiva cristiana en estos campos?

¿Se pone frecuentemente de relieve que es voluntad de nuestro Padre materno que crezcamos humanamente en todos los ámbitos con el esfuerzo sostenido que ello comporta? ¿Se insiste en que el crecimiento humano conlleva el poner los propios talentos al servicio de la comunidad?

5. Opcion preferencial: Solidaridad con los pobres

El camino cristiano hacia la vida para todos pasa por la vida de los de abajo como objetivo intentado de por sí. No es camino cristiano la concentración de la vida en los más capaces, que tendría la virtud de expandirse cada vez más a los de abajo.

Qué entendemos por pobres

Pobres son los que no sólo no tienen sino que están en desventaja en la lucha por la vida, ante todo por su posición de clase, que normalmente conlleva carencias culturales (menos saberes, menos relaciones, más dificultad de aprendizaje...), y también por problemas en la configuración personal; a veces esto se refuerza por sucesos infaustos como enfermedades, accidentes, problemas familiares, cierre de la empresa donde trabajaban...

Resumiendo esta caracterización diríamos que los pobres no son los que no tienen sino los que no tienen cómo tener, y por eso no tienen establemente, o, mejor, les cuesta muchísimo llegar a tener, y no tienen en contra de su deseo y voluntad. Si no tienen cómo tener, además de seguir luchando, tienen que arrimarse a otros para tener, es decir son de algún modo dependientes.

Así pues, fuera de casos de minusvalidez física o psicológica, la pobreza es un problema estructural. Esto no suele ser comprendido y por eso en general los no pobres culpan a los pobres de su pobreza porque les parece que es fruto de una actitud poco ética: flojera, inconstancia, despilfarro y más en general desorden. Sobre todo los que han venido de otros lados, sea de dentro del país sea de otros países, como muchas veces han venido sin nada y se han levantado, piensan que los que no se levantan es por su propia culpa, y por eso, como

merecen su estado, no se les debe ayudar porque sería premiar la mala vida, el desorden. Éste es un grave problema de los pobres: que, además de sentir su minusvalía, sienten que no se les comprende y se los desprecia.

Como ser pobre tiene esta connotación negativa, en nuestro país nadie quiere asumirse como pobre. Hay como un sano orgullo al considerarse a sí mismo como alguien que puede velar por sí mismo y que no necesita la conmiseración de nadie. También es verdad que a los pobres no les ayuda la conmiseración en el sentido que se suele dar a esa palabra que es el de una mirada de arriba abajo que incluye un buido desprecio, aunque ayude materialmente.

Claro que, si la pobreza es estructural, lo que los pobres requieren es un cambio en las reglas de juego, de manera que se les den oportunidades de trabajo y otras facilidades que compensen la ingente desventaja inicial. Por eso habría que trabajar esos elementos, tanto para que cambie la percepción ambiental del problema como para que las personas pobres reconozcan su pobreza.

Desde el punto de vista estrictamente económico se llaman pobres a los que no alcanzan establemente a cubrir sus necesidades básicas; pero lo son sobre todo los que se mueven alrededor de las necesidades mínimas. Estos pobres, además de las carencias que engendran minusvalía, sienten el desprecio de otros por su condición de pobres. Este desprecio se agrava cuando concurren otros factores, por ejemplo cuando son viejos o niños y más aún adolescentes o sobre todo madres adolescentes. Se convierte en rechazo cuando además concurren otros factores, los más generalizados son los étnicos (negros, indios).

En general la pobreza está ligada como su causa más radical a la carencia en esa sociedad de trabajo productivo y dignamente retribuido, para todos. Si existe trabajo, la gente tiende a capacitarse para conseguirlo, y, si se tiene trabajo, las demás carencias van siendo poco a poco satisfechas. En nuestro país la oferta de trabajo a la altura del siglo XXI, es decir productivo y con una dosis adecuada de componente técnico, no supera la cuarta parte de la fuerza laboral. La mayoría de los empleados trabajan en algo que no se necesita (como la buhonería) o que puede llevarse a cabo de modo mucho más técnico y productivo (como por ejemplo la limpieza de las calles o muchos puestos en los ministerios). Por eso no viven su trabajo como algo valioso que los desarrolla humanamente y el sueldo que reciben no les llega para mejorar sino para mantenerse en vida.

Propuesta del occidente: Prevalencia de los mejor dotados

La tendencia del Occidente es a la formación de líderes que movilicen a las masas. El proyecto se estructura mediante una red de liderazgos descendentes hasta llegar a los líderes de base. Esto, en el mejor de los casos: cuando los criterios para conformar la red son únicamente la capacidad probada de liderazgo, capacidad puesta siempre a prueba. En muchas ocasiones los criterios son más bien la estratificación social, la lealtad a los líderes superiores, la sumisión a las normas de arriba, el contentamiento no superior de los de abajo, nudos de contactos e influencias, identificación con la burocracia en el poder.

Esta tendencia a la estructuración por la meritocracia (no formalizada, es decir no basada en acumulación de credenciales, sino funcional) parece no sólo inevitable sino también deseable. El principio de que cada quien aporte según sus capacidades y se le retribuya según sus necesidades, entendidas éstas de modo relativo o proporcional al estatus, supone que el que más aporta debe tener cauces estructurales para que fluya su aporte. Eso es el puesto de liderazgo.

Sin embargo hay que reconocer que así siempre se estructurará una sociedad piramidal. El ideal es que la pirámide no se congele en estructuras no funcionales sino que la estratificación sea lo más fluida posible para que sean las capacidades actuales las que sirvan de principio estructurador. Pero, si esta movilidad funciona, será más evidente que los de arriba son los mejores y los de abajo los que menos valen. Esto estimulará a los que se ven con cualidades y deseo de superación, pero desalentará a los que se vean menos dotados o motivados o estén peor posicionados.

Por eso la dialéctica positiva que va de los que tienen a los que tienen más, que los antiguos designaban como aristocracia, es decir gobierno de los mejores, ha sido la propuesta que ha caracterizado a Occidente, que ha luchado a través de la historia para superar los poderes de facto, es decir por nacimiento o profesión, para instaurar regímenes políticos y económicos en base a la excelencia demostrada. De este modo en Occidente coincide lo mejor y lo peor: la movilidad de los que quieren ocupar los primeros puestos aportando a la sociedad, y la multitud de los perdedores. El progreso siempre se ha hecho a costa de una creciente brecha social. Son minoritarios y casi excepcionales los periodos en los que la mayoría se ha sentido estimulada y premiada, y la sociedad se ha mantenido dinámica sin exacerbar las diferencias sino por el contrario atenuándolas.

Propuesta de Jesús: Llegar a todos personalizadamente desde el privilegio de los de abajo

Por eso Jesús, líder carismático, es decir impulsado por el Espíritu y motivado por su relación con su Padre y por la misericordia para con su pueblo, se dirigió de modo personalizado a todo el pueblo. Quiso absolutamente que cada uno llegara a ser persona, es decir no sólo miembro de los conjuntos en los que estaba implicado, empezando por su familia y acabando en el conjunto del pueblo, sino como un sujeto, cuya vida naciera de él mismo, pero que no se dirigiera a su engrandecimiento y provecho sino a la relación mutua y horizontal, personalizadora, con los demás. Trató de que llegaran a tal grado de libertad que las relaciones fueran gratuitas. Ésa es la propuesta del reinado de Dios: la constitución del mundo fraterno de las hijas e hijos de Dios.

Como expresión consecuente de esa actitud personalizadora se dirigió preferentemente a los que estaban en desventaja absoluta por su condición de pobres y excluidos por su condición de pecadores públicos. La mayoría de los pobres eran a la vez carentes de lo indispensable y despreciados como pecadores por lo que acarrea esa situación. Jesús se dirigió directamente a ellos. También se rodeó de un grupo que le respondió y que tenía aspiraciones en el proyecto de Dios tal como lo entendían. Por un lado dedicó un tiempo muy denso al contacto directo con los pobres y pecadores, y por otro se dedicó a formar al grupo, corrigiéndoles esa inclinación ambiental a entender el liderazgo como pasar trabajos pero también como estar arriba, insistiéndoles en un liderazgo cuya función sea estimular a los de abajo, motivarlos, para que se levanten de su postración y se pongan en movimiento.

Jesús, como su Padre, no se resignó a ver a gente sobrecargada y abatida; le dolía esa situación porque los sintió como sus hermanos. Por eso no se dedicó a aliviar sus penas desde arriba sino sobre todo a estar con ellos y hablarles muy detalladamente para que se asumieran como seres dignos y valiosos. No buscó ante todo que los pobres dejaran de ser carenciados sino que superaran su postración. Para lograrlo les dio la buena noticia de que Dios les quería dar su Reino, es decir hacerlos partícipes de su comunidad divina, y antes que eso quería reinar sobre ellos, ser suyo, como su Padre materno. Por eso los llamó dichosos. Y en efecto, los que dieron fe a este evangelio fueron felices porque tuvieron a Dios por rey de sus corazones. Ésta es la razón y el sentido de la opción cristiana por los pobres: la participación de la opción de Dios, que reveló y sacramentalizó con su vida Jesús.

Dificultad para que el agente pastoral perciba y ponga en práctica evangélicamente la opción por los pobres

Para un agente pastoral que viene al barrio desde otra clase social, pobres y barrio son la misma cosa. Por eso tiende a pasársele por alto el problema de la opción por los pobres en la pastoral que implementa: para él ya lo es por hipótesis al tratarse de pastoral de barrio. Como incluso los que están menos mal en el barrio son para él muy pobres, no capta la cuestión de la pobreza relativa dentro del barrio.

Es normal que los más pobres del barrio estén tan ocupados por el problema de la subsistencia y sientan tal minusvalía para afrontarlo, que carezcan de tiempo, de fuerzas y de la mínima confianza en sí mismos como para participar de un modo regular en las estructuras pastorales. Más fácil es que acudan quienes tienen al menos algo de tiempo psicológico o algo más de autoestima. Éstos tienden a ser considerados por el agente pastoral como pobres (y lo son) y tienden a ser estimulados por él a progresar, tanto en el plano económico como en su capacitación humana y profesional y en su capacidad de servir. Es muy probable que no sean considerados por el agente pastoral como los que están un poco mejor que sus vecinos y que según los planes de Dios deben crecer sin dar la espalda al barrio sino volcándose a ayudar a los más pobres, en cuanto puedan.

Una desviación posible es que sean asociados al montaje asistencial o promocional del agente pastoral, y llevados así a entablar con sus vecinos una relación de bienhechores a clientes, desnaturalizando así su pertenencia fraterna al barrio. No es lo mismo la relación desigual, vertical, del promotor, que la relación horizontal y mutua del solidario. Y en la opción por los pobres se trata únicamente de esto; lo que no obsta para que dentro de ella puedan compartirse saberes.

La opción por los pobres no puede abstraerlos de sus condiciones reales de existencia (económicas, sociales, políticas, ideológicas) reduciéndolos a meros individuos carenciados a quienes hay que ayudar a salir de sus carencias. Esa manera de considerarlos sólo da lugar a relaciones asistencialistas o a lo más promocionales, que no contribuyen a personalizarlos ya que no están montadas sobre el punto de partida real de las personas y sobre sus propios procesos. Esa prescindencia de la realidad no sería cristiana. Los pobres son mucho más que pobres. Son seres culturales y espirituales. Sin embargo asumir esa matriz de realidad hace todo más difícil por la complejidad y conflictividad que aporta.

Pero tampoco es asumir la realidad el reduccionismo ideológico que abstrae de esos pobres concretos la concreción personal y sólo considera su condición de clase social. Por eso no son aceptables las propuestas que, reconociendo la lucha de los ricos contra los pobres, instauran como respuesta la lucha de clases como horizonte y como método de lucha. Esta lucha no lleva a superar esta realidad injusta sino a mayor represión por parte de los de arriba y endurecimiento en los de abajo. Si nos queremos mantener como cristianos es imposible olvidar que estos enemigos son hermanos enemigos y que la lucha no es para aplastarlos sino para que entren en razón y se llegue a negociaciones que progresivamente vayan alcanzando la justicia y el provecho común.

La opción por los pobres debe serlo por las personas concretas del barrio. Debe incluir ante todo la cercanía personal, humilde, respetuosa; la ayuda horizontal y silenciosa; y la invitación a la comunidad, sincera pero muy libre. Ese proceso irá provocando análisis, ensanchando horizontes, ayudando a que quienes están involucrados se vayan haciendo cargo de niveles de realidad cada vez más profundos y estructurales, y cargando con lo que vaya siendo posible.

Un peligro del agente pastoral o de quienes de pronto caen en cuenta del carácter estructural de la situación, es abocarse a globalidades (la lucha antiimperialista, la concientización política, el cambio de estructuras, la construcción del socialismo) dejando la base (lo vecinal, la comunidad, los grupos, las relaciones). Se piensa que se está en algo grande y se acaba en pura ideología, perdiendo la capacidad transformadora que se da en los procesos concretos. La proyección a lo suprabarrial tiene sentido cuando es extensión de lo que se viene haciendo, cuando no lo sustituye y ni siquiera lo debilita sino que es la expresión real de la dimensión concreta que ha adquirido lo barrial.

Lo meramente asistencial (solución o ayuda a la necesidad concreta) no puede faltar. Hay situaciones que no pueden esperar y demandan una acción urgente. Si eso no interpela a la pastoral, a la comunidad cristiana, algo grave está fallando, aunque estén metidos en problemas estructurales profundos y complejos. Falta misericordia, falta corazón. Las comunidades cristianas deben interrogarse permanentemente en este punto, así como también los propios agentes pastorales (el cura o la comunidad religiosa).

Pero a la larga lo asistencial no puede ser la única expresión de solidaridad. Su desempeño debería alumbrar caminos más organizados e institucionalizados.

De ahí es normal que salgan grupos diversos para enfrentar distintas necesidades o como apoyo.

Ya hemos insistido que el modo de ayudar concretamente debe ser absolutamente personalizado, cosa que es más difícil cuanto la persona a quien se ayuda esté en una necesidad más global y permanente. Sin embargo, hay que recalcar que no es cristiana la relación unidireccional y vertical. Como decía Vicente de Paúl a sus monjas, la relación con ellos ha de ser tan discreta y humilde que nos perdonen la humillación que les hacemos al ayudarlos, cuando ellos no nos pueden corresponder. Cuando la ayuda no es meramente material sino que involucra una relación interpersonal más prolongada, hay que hacerles ver con la actitud que recibir la ayuda humanamente es un acto de libertad que humaniza, y que el que da también se siente agradecido de que sea acogido su don.

La cuestión de la opción por los pobres para los pobladores

La opción por los pobres no la tiene que hacer sólo el agente pastoral; es imprescindible que la hagan los propios cristianos del barrio. Incluso parte fundamental de la labor de fermento de estos cristianos en el barrio es lograr que esté abierto a ella el mismo ambiente del barrio y que la hagan efectivamente el mayor número posible de sus habitantes.

Para trabajar con perspicacia este asunto hay que tener en cuenta dos vectores que marcan, componiéndose en grado diverso, la orientación de cada poblador. Como la situación de carencia y más aún de desprecio, de privación injusta y de minusvalía cívica es tan lacerante, se quiere salir de ella, dejarla atrás. Esta voluntad es obviamente muy sana. Pero puede llevarse a cabo en dos horizontes: si la persona se identifica con ese estado insatisfactorio, salir de él equivale a dejar de ser lo que es y hacerse otra persona, en concreto ser un habitante de la ciudad. Es el marginado, que trabaja denodadamente para que sus hijos no tengan que pasar lo que él pasó. Para este tipo de personas, la memoria es negativa; lo único positivo es lo que se espera alcanzar. Otras personas, en cambio, valoran intensamente el proceso que están viviendo; caen en cuenta que a través de él se van haciendo personas, gente cualificada y más aún gente sabia y digna. Porque la vida, si se la hace frente con resolución, enseña. Este tipo de persona no quiere ser otro; busca por el contrario llegar a ser él mismo con mayor plenitud y para eso trata de conseguir mayores posibilidades.

El primer tipo de personas no puede optar por los pobres del barrio, porque ha optado por suprimir su persona en situación de pobreza. Está de espaldas a lo que fue y por eso no puede mirar a los que son como era. Para estas personas participar en la Iglesia forma parte del paquete modernizador, sin que le demos a este término ningún sentido peyorativo. El segundo tipo de personas puede valorar a los que están como él estaba, a los que son como él sigue siendo y está dispuesto ayudar para que lo sean, como él, con más plenitud. Más aún, quiere ayudar a otros como le ayudaron a él.

Si el agente pastoral destacado en el barrio tiene como paradigma la ciudad y por eso está empeñado en trabajos asistenciales y promocionales, no puede ayudar a los habitantes del barrio a que opten por los pobres. La opción es de él y tiene como objetivo no sólo ayudar a que los habitantes del barrio sean menos pobres o incluso dejen de serlo sino también a que se vayan convirtiendo en habitantes de la ciudad, es decir que asuman, como él, el paradigma de la ciudad. Lo más que puede lograr es que colaboren con él en la labor de civilizar al barrio. Pero eso no es optar por las personas pobres sino optar contra la pobreza, opción que para ellos incluye que las personas de los barrios asuman el paradigma de la ciudad. Así ellos no son sujetos sino agentes subordinados de su propio cambio y del de otros del barrio.

La pobreza del barrio ¿un problema cultural?

Hay planteamientos persistentes que insisten en que los pobres lo son no porque no tengan medios económicos sino porque no tienen cómo tenerlos, carecen de dotes que los hagan capaces de llegar un día a poseerlos. La causa de esta falta de dotes estaría en la cultura. Según este enfoque los pobres para dejar de serlo tendrían antes que dejar de ser lo que son, tendrían que superar las limitaciones y malformaciones de su enculturación y endoculturación, es decir de su cultura, o sea de su formación y de su ambiente, para salir de la pobreza. Tendrían, pues, que desaprender lo aprendido para llegar a asumir las actitudes, las destrezas, los conocimientos y los hábitos de la cultura de la ciudad.

No estamos de acuerdo con este planteamiento, si nos referimos a la cultura suburbana; sí nos parece pertinente respecto de los que viven en la mal llamada cultura de la pobreza, ya que ésta no es sino un conjunto de actitudes y hábitos para lograr sobrevivir, pero dejando afuera todo lo que no sea el presente y dentro de él la satisfacción de las necesidades e impulsos más elementales. Decimos que mal se puede llamar a esto cultura porque no hay trabajo sobre las

pulsiones ni elaboración de representaciones y símbolos ni construcción de un mundo humano. La analogía con la cultura está en que los reflejos y hábitos que se crean componen una manera de vivir con una cierta estabilidad. Pero falta la complejidad, el sujeto colectivo y el objetivo de constituirse en humano.

Si el paradigma dominante del barrio es la subcultura de la pobreza, sería exacto que hay que desestructurar esta serie de reflejos, esos constantes cortocircuitos, esa elementarización de uno mismo y del entorno, para que sea posible superar la pobreza. Hay que reconocer que es fácil que desde fuera del barrio se perciba así su ambiente. Habría dos causas. La primera es que sí existe esa subcultura en el barrio; y la segunda, que la cultura suburbana puede ser confundida con ella porque es una cultura contemporánea, es decir una elaboración actual y no una cultura heredada que se relanza, como lo es la del habitante de la ciudad, que percibe la cultura ante todo como algo objetivado que él debe aprender incansablemente. Desde esa relación primordial con la cultura, fácilmente se le escapa la creación cultural del habitante del barrio. Más aún, porque no es un especialista sino un ser bastante carenciado de cosas y saberes. No es fácil para el habitante de la ciudad captar ese empeño agónico por la vida digna, que es la fuente escondida pero vitalísima de la cultura suburbana.

Para nosotros los cristianos esta fuente de cultura es trascendente. Ese empeño es coincidencia con el impulso del Espíritu: la más alta posibilidad de creación espiritual. No pretendemos decir que los habitantes de los barrios se dejen llevar siempre por él. Pero, si donde no hay condiciones para vivir y menos para que esa vida sea humana, se vive sin embargo y se lucha por la calidad humana de esa vida, es seguro que sí se obedece a este impulso espiritual, aunque también, evidentemente, sople otros espíritus.

Nosotros también decimos que mucha gente de los barrios no tiene cómo tener. Esta constatación la entendemos de dos modos. El primero y principal es que en la ciudad no hay medios de vida, no hay trabajo. Los habitantes de los barrios están haciendo un esfuerzo ingente para capacitarse y tornarse más competitivos, pero este esfuerzo no es recompensado porque en el caso de Venezuela los empresarios se han convertido en rentistas y porque el gobierno no entiende lo que hoy implica colaborar a crear oportunidades de trabajo, es decir empresas productivas según el estándar mundial. Ahora bien, también es cierto que el pueblo sabe que tiene que crecer mucho más, lo que ante todo significa que tiene que tener una educación mucho más cualitativa, mucha mejor salud ambiental, mejor alimentación y atención médica, pero también mejores

hábitos y un esfuerzo más metódico y sostenido. Salir de la pobreza personalmente es un proceso muy complejo, exigente y prolongado. Esto lo debe tener en cuenta la pastoral ineludiblemente. La opción por los pobres lo exige.

Sólo si el agente pastoral llega a considerar a los habitantes de los barrios como seres culturales y espirituales, que desde su cultura deben ante todo humanizar la pobreza y luego superarla en cuanto sea posible, pueden ayudarles a que opten por los pobres del barrio como ingrediente de su propia humanización y expresión de su condición cristiana. Entonces comprenderán que esta opción es un componente de su propio proceso, no algo complementario sino la comunicación del mismo dinamismo que a ellos los cualifica, así como también la expresión de la humanidad que van desarrollando, que se expresa como misericordia simpática, es decir horizontal y desde dentro, desde la comprensión experiencial de las necesidades y los problemas. Esta experiencia se traduce en responsabilidad, ante todo para llevar sus propias cargas (Gal 6,5) y después para ayudarse a llevarlas unos a otros (Gal 6,2).

Preguntas

La pregunta primera es si se da sistemáticamente a los pobres del barrio la buena nueva de que Dios es su Dios, de que el Reino es para ellos, de que ellos son los invitados al banquete del Reino, de que Jesús los ha constituido en destinatarios privilegiados del evangelio, y que por eso los ha proclamado felices.

De ningún modo puede presuponerse que en el barrio se dé sistemáticamente el evangelio a los pobres. Hay que indagar ante todo si esto se dice, si se verbaliza, y luego si se verbaliza fehacientemente, es decir si los destinatarios creen en ello porque captan que sí cree el que lo proclama. Habría que averiguar tanto si los agentes pastorales hacen esta proclamación, como si la hacen también los cristianos del barrio que tienen alguna función pastoral, como la gente de base en su familia y a sus vecinos.

La segunda pregunta es si pobres del barrio son agentes pastorales, si ellos son componentes de las CEBs, colaboradores de la parroquia, vicaría, comunidad, si forman parte del grupo de referencia del cura o de la religiosa. La Iglesia barrial ¿se organiza desde los pobres con espíritu, que son los pobres que han escuchado la buena nueva de que el Reino es para ellos y viven desde ese horizonte?

Si la respuesta es negativa en un lapso de tiempo largo, es decir como una tendencia sostenida, eso significa que, en el caso de que se atienda efectivamente a los más pobres, se los atiende como meros destinatarios, porque, si se los atendiera como hermanos, ellos, por lo menos bastantes de ellos, se convertirían en miembros de la comunidad.

Pero aun en el caso de que sean bastantes los pobres que componen las estructuras de la pastoral, es del todo pertinente preguntar si hay opción preferencial por los más pobres, porque puede suceder que sin darse cuenta estén subiendo, dando la espalda a los que siguen estando como ellos estaban antes de incorporarse a la comunidad. Esto ocurre si en la comunidad los pobres no son recibidos como los seres culturales y espirituales que son, sino sólo como individuos.

Otra pregunta fundamental es por las relaciones dentro de la comunidad: si los más pobres se sienten en ella en su casa o si se fomenta un tono en el que ellos se sienten avergonzados y tienden a adoptar un estatus social que no tienen para no sentirse fuera de lugar. Es necesario preguntar también si hay relación personalizada verdaderamente horizontal y misericordiosa con quienes en la comunidad necesitan perentoriamente misericordia.

Hay que indagar también qué cosas se hacen organizadamente para expresar la opción por los pobres, tanto para ayudarlos en sus necesidades más extremas, sea de modo permanente, sea en coyunturas especiales de su vida, sea para irse promoviendo organizadamente. Esto último ¿se lleva a cabo desde organizaciones de la parroquia o desde organizaciones de ellos mismos, propiciadas por la parroquia o la comunidad cristiana? Hay que averiguar también cómo funciona lo que se lleva a cabo y la dinámica: si va a más o a menos. También es importante saber si lo lleva poca gente o sólo gente venida de fuera o si hay mucha gente del barrio implicada.

Una pregunta muy significativa es si la gente del barrio que necesita sabe que puede contar con las personas de la comunidad cristiana y con la comunidad cristiana como tal. ¿Cuenta de hecho con ellos con libertad?

Del mismo modo hay que preguntar si quienes en el barrio tratan de hacer algo para que se viva mejor sin discriminar saben que pueden contar con la comunidad. Incluso si la gente del barrio percibe a la comunidad como representante de los más necesitados.

Pero quiero volver a insistir que la pregunta de fondo es si se evangeliza a los pobres, en el sentido preciso de si se les proclama que el Reino es para ellos y que por eso son felices si creen en esa buena noticia. El agente pastoral ¿cree en ello? ¿Lo proclama expresamente? ¿Lo proclama ocasional o sistemáticamente? ¿Lo proclama realmente, es decir teniendo él la misma actitud con ellos que tienen Dios y Jesús?

El agente pastoral ¿tiene amigos pobres? ¿Forman parte pobres de su grupo de referencia? Los pobres ¿son tús para él o son meramente destinatarios de su acción?

Esto mismo hay que preguntar respecto de los componentes de la comunidad: ¿se reúnen con los más promovidos y con los pobres sólo tienen relaciones para prestarles ayuda? ¿Aprecian especialmente a los pobres con espíritu? ¿Son ayudados cristianamente por ellos?

6. Ambiente permanente y prevalente: Aceptación de la religión del pueblo

Para el pueblo latinoamericano la religión, como sus otras dimensiones humanas, ha sido una realidad ambigua: ella le ha ayudado a asumir como sagrada la constitución jerárquica de la sociedad, a considerar a los de arriba como representantes de Dios, a resignarse a su puesto como voluntad divina y a autodespreciarse a sí mismos como ignorantes de las cosas de religión, recién venidos al cristianismo y exteriores a la institución eclesiástica.

Esto es indudable y sus raíces se remontan hasta antes del cristianismo. Las religiones amerindias han considerado al ser humano como natural, como hijo de la tierra y más en concreto de una tierra y una comunidad específica, con la relación cálida de pertenencia, pero también de dependencia y finalmente de sumisión. Esta matriz relacional ha sido retenida y confirmada, aunque también matizada y en cierto modo humanizada, en el catolicismo agrario, que ha estado vigente en los campos hasta mediados del siglo XX y en no pocos sitios aún pervive. Más todavía, las religiones ancestrales indígenas en no pocos casos, han reforzado además una visión ritual del mundo en la que el sacrificio ocupa el lugar central, aspecto que ha sido reforzado por el catolicismo postridentino. Todo esto impide sacralizar románticamente la religión del pueblo.

Pero el catolicismo también ha ayudado al pueblo a resistir a todo eso y es potencial de primer orden para superarlo. La religión ha sido el principal

vehículo para que el pueblo conserve su identidad, la conciencia de su dignidad, el sentido del respeto y el anhelo irrenunciable de pureza y armonía. La religión católica ha mantenido al pueblo compacto, diferente, genuino, ya que a través de ella el pueblo ha expresado su condición de sujeto y su creatividad.

La religión del pueblo en el barrio

La religión del pueblo es en su origen una religión campesina, «pagana», ya que el *pagus* latino se traduce como caserío. Todavía en Argentina se habla del pago en este sentido. Es, según los casos, un cristianismo pagano o un paganismo cristiano.

Trasposición de la religión campesina

En el barrio la religión de los que lo poblaron se vuelve metafórica, es decir, sufre una transposición, ya que faltan sus referentes fundamentales: la tierra, la naturaleza, los animales, los ciclos agrarios, los modos y las relaciones de producción, las relaciones sociales de ahí derivadas, la comunidad... En el barrio el bien a alcanzar o por el que agradecer no es la fecundidad de la tierra, la cosecha. El ciclo festivo pierde así sus referentes fundamentales. No existe tampoco la comunidad como hija de esa tierra y como unidad jerarquizada de producción. Por tanto la religión no es pública en ese mismo sentido ni comunitaria. Ni tiene la misma significación el Santo Patrono. No hay tampoco quien lo organice todo oficialmente: la cofradía y los pasantes.

Como en el barrio no existe la naturaleza ni la comunidad ancestral, el sujeto de la religión tiene que ser reconstituido. Por de pronto se particulariza. La familia, más aún cada persona, tiene que empezar por orientarse: decidir a quién pedir, cómo hacerlo y más profundamente con qué ser divino relacionarse, y para eso hay que averiguar cómo es accesible el mundo divino en esa nueva situación.

Para eso existe la memoria. Existen también santuarios en la ciudad y tal vez alguna presencia religiosa pública o semipública en el barrio: un cura que llega a una capilla, una comunidad religiosa, actos que se organizan con diversos motivos, los altares domésticos de algunos vecinos...

Demandas religiosas más sentidas y expresadas

Las demandas religiosas fundamentales de los habitantes del barrio son:

COMPañÍA: que se satisface con la fe, que es la opción fundamental de vivir en la presencia de Dios (o algún ser de su corte), apoyándose en él, ofreciéndose a él y expresando con símbolos esta voluntad.

Esta demanda es crucial porque se migró solo a la ciudad o meramente con la esposa. Quedó atrás el pueblo o el caserío como una comunidad integrada, en el sentido preciso de una vida en presencia de los demás, de cara a ellos, en una referencia constante, con el consiguiente sentido de pertenencia e interdependencia y a veces de dependencia desigual. En el barrio de entrada uno se siente solo. Está entre diferentes a él y entre sí. Cada uno vino por su cuenta buscando la vida. Poco a poco se van haciendo lazos. Pero la sensación de entrada es la soledad.

Pero Dios está en todas partes. Y también sus santos. Por eso puede vivirse esa aventura en su presencia y con ellos, o al menos puede tenérselos en cuenta para ordenar el día y dar sentido a los diversos lances que van ocurriendo.

VIDA: Salud, trabajo, vivienda, paz, armonía, entendimiento familiar y con los vecinos...

En la idea de Dios que el poblador trae consigo está que Dios es el Dios de la vida. Él está empeñado más que nadie en que todos y cada uno de sus hijos tengan vida y en que esa vida tenga calidad humana. Él no abandona a ninguna criatura y menos a los seres humanos, a los que quiere de manera particular como a verdaderos hijos. La vida es cosa de Dios, es su don, por eso es sagrada.

En este trance, en que se está en un ámbito desconocido y no acabado de hacer, en que se vive a salto de mata, en que nada está seguro, reconforta contar con el que da la vida. También la referencia al Dios de la vida inclina a tener como objetivo vital no meramente sobrevivir o trepar en la escala social sino precisamente vivir, en el sentido más integral y pleno de la palabra, aunque escaseen las condiciones y medios para lograrlo.

FIDELIDAD: congruencia de vida, no entregarse al mal, no desviarse, no deshumanizarse, ser honrado, trabajador, cumplidor con la familia, ayudador del que necesite, bueno.

El poblador ya no está en un ámbito en el que todo está ordenado, en el

que uno sabe en cada ocasión a qué atenerse. En el barrio no existe el control social que se daba en el pueblo. Tampoco está la autoridad. La gente no se conoce. Para mantenerse en lo debido y no dejarse llevar meramente por el impulso del momento o por el ambiente, uno sólo puede contar consigo mismo. Es más difícil en el barrio que en el caserío mantenerse honrado a carta cabal. Es todavía más difícil aclararse a sí mismo qué quiere uno ser, por qué criterios se quiere guiar. Es bien difícil elegir ser bueno en concreto, es decir elegir el tipo de bondad adecuado al barrio.

Por eso, la necesidad y el deseo de pedir a Dios (que es la pura bondad, el modelo que uno tiene que seguir para no desviarse) que lo ilumine a uno y que le dé ganas y fuerzas para mantenerse en el bien.

IDENTIDAD: Al satisfacer esas tres demandas, la persona se reafirma en su identidad, o la renueva.

Esta función indirecta de la religión tiene una importancia capital para el pueblo y en concreto para el habitante de barrio. Si ya no puede ni quiere seguir siendo el campesino que fue, si está buscándose a sí mismo, y si es el camino que va tomando el que lo va configurando, lo va definiendo, el que este proceso se haga en presencia y en diálogo con Dios y teniendo en cuenta sus caminos, sus exigencias, sus consejos, es una orientación segura y firme para no perderse, para mantener la congruencia, para llegar a ser el que se quiere y desea.

Además de las demandas antedichas, que son sentidas por todos, otra parte de las demandas que se hacen a Dios son colectivas: la habilitación del barrio, la paz en él, el buen entendimiento de los vecinos, lo que traen entre manos organizadamente, el buen ambiente del barrio, los niños y jóvenes que se levantan, los enfermos...

Proceso religioso en el barrio

Poco a poco se van estableciendo cauces estables, se van creando tradiciones, se van diversificando las expresiones religiosas y se van tornando más complejas:

Van asumiéndose papeles diversificados: catequistas, rezanderos, el coro de la capilla, las comunidades cristianas, los diversos grupos, las asociaciones, los movimientos.

Aparecen construcciones especializadas: las capillas, las grutas de la Virgen, los nichos con imágenes, el templo, la casa de la comunidad cristiana...

Se va gestando un ciclo de celebraciones en el barrio: Semana Santa, Navidad, el patrón de la capilla (que acabará siéndolo de la zona, si es que ya no lo era), aniversarios de grupos, de acontecimientos, primeras comuniones, confirmaciones, inicio o culminación de algunas actividades...

Con el tiempo se van estatuyendo procesos de iniciación para las diversas actividades, para entrar en los grupos, para ir tomando entre manos los diversos aspectos de la vida religiosa...

A la larga coexiste lo privado, lo individual, con lo público del barrio, con lo grupal en él, con lo que se participa de la parroquia a la que pertenece el barrio, o de algún santuario de la ciudad e incluso del lugar de origen.

Como resultado de esa transposición de la religión campesina en religión (sub)urbana, la gente que hizo ese largo proceso renovó su vivencia religiosa. Otros, en cambio, se sienten perdidos y la vivencia religiosa decae por falta de expresiones, hasta que a veces es reanimada al contacto con expresiones en las que se ven involucrados. El contacto puede mantenerse como esporádico o puede emprenderse un proceso a través del que se vayan haciendo cargo de ese nuevo modo de expresar la religión al captar su sentido en la nueva situación.

Manifestaciones del catolicismo de barrio

Lo que más salta a la vista para un observador de la religión popular son los símbolos y ritos. El pueblo latinoamericano es un rastreador de la presencia de Dios, de sus huellas y de los signos de su presencia y su voluntad. Ve sus huellas en la naturaleza (desde los elementos a los animales, a los que cuida con ternura), en las personas (sobre todo en los niños y los ancianos, en los necesitados y en las personas de respeto) y en los acontecimientos (sean prósperos para celebrar y agradecer, sean adversos para resistir la prueba, comportarse con entereza y recurrir más a Dios).

Construye signos de su presencia tanto en su casa como en su zona (el altar doméstico o alguna imagen en la sala y en el dormitorio, capillas, nichos, imágenes, cruces). Y en los acontecimientos en los que se ve involucrado busca las señales de lo que le quiere decir Dios en ellos para obrar en consecuencia.

El caso límite y por eso el más patente de las señales que Dios le da son

los milagros. Para la gente popular los milagros no son de ningún modo la ruptura de las leyes de la naturaleza. Son la respuesta, inesperada y más allá de las expectativas normales, que Dios les da respecto de sus demandas. Mucha gente afirma con toda razón que Dios les ha hecho milagros. Y de modo más general, pero no por eso acomodaticio, muchos afirman que viven de milagro, es decir por la protección habitual y de algún modo extraordinaria de Dios, porque no teniendo medios para vivir, los van consiguiendo y como cuentan con él, viven sin angustia, aunque con un gran sentido de la oportunidad, aprovechando la ocasión con gran sentido práctico.

Las devociones, las promesas y las fiestas son las manifestaciones más palpables de su sentido ritual. El rito es para estas personas el modo de anudar con las fuentes de la vida para salir renovadas con ese contacto.

Núcleo del catolicismo de barrio

Pero no hay que perder de vista que el catolicismo popular no se expresa primariamente en ritos. Éstos dicen relación con la cotidianidad y son incomprensibles sin esta referencia fundante.

El meollo de la religión del pueblo se encuentra en ese modo de situarse ante la vida o en ella y de entenderla como don de Dios; de sentir a Dios presente, actuando, revelándose, comunicándose, dando luz y fuerza; de saber que Dios está en uno permitiendo y posibilitando el acceso a él y a su mundo y a sus mediadores; y que nos envía al mundo con una misión concreta que requiere un modo de vida y un estilo de relaciones.

De este núcleo participan más o menos muchas personas del pueblo; pero hay algunas que lo cultivan más intensamente hasta el punto de que de él dimana toda su vida.

En estas personas está la fuente no sólo para entender desde dentro la religión del pueblo sino sobre todo para poder entrar en ella discipularmente, de un modo fraterno y humilde, como cristiano, no como agente pastoral con poder o como especialista que reduce todo a material de trabajo y dictamina.

Catolicismo popular del barrio y pastoral

Para el agente pastoral no basta con tomar nota de todo lo que se vive y

se hace en el barrio en materia religiosa. Esta perspectiva es la de la antropología cultural y a veces la pastoral la asume acríticamente, sin caer en la cuenta de que lo determinante no son los cauces formales sino la manera como son transitados, actuados y recreados.

Lo fundamental es captar cómo se hace, qué lugar ocupa en la vida de la gente, con qué grado de compromiso se asume, hasta dónde se involucra la persona, qué efectos transformadores tiene. Esto habrá que observarlo a nivel individual, a nivel de la comunidad cristiana, de los grupos y del barrio como tal, como ambiente.

La pastoral de barrio como ofertas para conectar a sus habitantes con la parroquia y encuadrar a los más posibles

La pastoral más ordinaria que se lleva a cabo en los barrios consiste en ofrecer servicios religiosos lo más variados que se pueda, en promover grupos cristianos e instituciones y en organizar actividades de modo que se alcance a la mayor cantidad de gente posible y se los encuadre establemente en las estructuras parroquiales. Así se alimenta su vida religiosa, se los promueve, se construye un ambiente en torno a la parroquia y se les dota de identidad cristiana y espíritu de cuerpo.

A pesar de que se logren en alguna medida esos objetivos, una pastoral así no contribuye a que la gente del barrio sea sujeto ni protagonista. Si tiene éxito completo, significará que las personas dejarán de ser lo que son para asumir la propuesta de la parroquia. Abandonarán el catolicismo popular (su religión ancestral renovada) y se pasarán al de la institución eclesial.

Esto será visto por los agentes pastorales y por los promovidos como un gran avance. En realidad significa consagrar su minoridad perpetua ya que ni ellos serán sujetos religiosos ni tendrán sacerdotes ni vida consagrada de ellos y como ellos. Se limitarán a participar de lo que les propongan, recortando así drásticamente el sentido de la comunión cristiana.

Reconocer el catolicismo popular: Desabsolutizarse y dar lugar

Mientras no sea reconocido el catolicismo popular como religión completa que es (y no sólo en su esencia sino en su existencia concreta con sus carismas y sus ministros) es preferible el dualismo entre religiosidad popular y religiosidad

de la institución eclesiástica, a la asimilación del catolicismo popular por la propuesta de la religión la institución eclesiástica.

Puebla reconoció al catolicismo popular no como mera piedad popular, es decir como expresiones devocionales, sino como un modo de conceptualizar y simbolizar lo que se cree; como una apreciación de cuál debe ser el comportamiento adecuado a esta fe; como un modo de entender y practicar lo sacramental y lo ritual; como un modo de relacionarse con lo divino, de orar; y como una manera de organizarse para llevar a cabo todo esto o de solicitar los servicios de la institución eclesiástica como ministro autorizado.

Reconocimiento no es sacralización; pero tampoco se limita a tomar nota de que existe y dejarlo en paz. Reconocer es dar lugar. No se puede dar lugar si no se hace lugar. Eso significa que la institución eclesiástica tiene que distinguir entre el catolicismo y su propia propuesta, que es ciertamente una de las expresiones católicas, pero (como cualquier otra real o posible) ambigua, y que por eso no agota el catolicismo, y así no sólo admite otras expresiones sino que las demanda.

En cuanto el representante de la institución eclesiástica relativice la propuesta cristiana de la institución a la que representa, se capacita para hacer lugar al catolicismo popular como otra expresión católica, ambigua también, pero no menos legítima. Desabsolutizar la religión de la institución eclesiástica es condición de posibilidad para hacer lugar al catolicismo popular.

Después de esta labor previa, posibilitante, viene la tarea positiva y concreta de ir dando ese lugar. Eso se hace de dos modos: permitiendo que el catolicismo popular tome espacios eclesiásticos y entrando a los ámbitos del catolicismo popular reconociéndolos.

Discernimiento desde dentro del catolicismo popular

Ceder espacios propios y reconocer los de él, implica, si no es un acto irresponsable, un proceso de discernimiento en base al Evangelio, junto con los participantes del catolicismo popular. Significa poner, tanto el catolicismo de la institución eclesiástica como el popular, bajo la luz y el señorío del Evangelio. Este acto de discernimiento, que congrega a agentes pastorales y pueblo, es un modo de ejercer la primera eclesialidad, de actualizar la condición de condiscípulos de la Palabra, de estar ambos en comunión como cristianos, escuchando la Palabra que nadie domina y que todos desean ardientemente

obedecer. La comunidad cristiana es lo que va resultando de esta escucha común y es también el ámbito privilegiado de esta escucha.

Esta escucha, este discernimiento, debe hacerse irrecusablemente en la casa del pueblo, no en la cultura eclesiástica. Es el agente pastoral quien debe trasladarse, no al contrario. Si se pretende discernir en los cauces de la institución eclesiástica (lenguaje, métodos, conceptos, lugar de la reunión, ritmo de la discusión, control de ella) el resultado casi inevitable es que el paradigma no es la Palabra sino la cultura eclesiástica. No así, si se está en la casa del pueblo, porque la prestancia oficial del agente pastoral balancea de sobra el peso que pueda tener el ambiente de catolicismo popular.

El discernimiento contiene el momento primigenio, insustituible, de la escucha compartida de la Palabra, pero luego no puede realizarse al margen de la praxis pastoral sino que será un momento de su desempeño concreto. Pero eso significa que existe algún tipo de participación del agente pastoral, ya que si él se coloca sistemáticamente fuera de la práctica del catolicismo popular ¿cómo podrá captar lo que se experimenta en ella? ¿Cómo juzgará su relación con los frutos?

Esa participación acontece tanto cuando el agente pastoral cede espacios para que en ellos se exprese la religión del pueblo (ya que ceder no es ausentarse sino legitimarlos presentándolos como legítimos y participando de ellos) como cuando se hace presente como tal agente pastoral y como tal es recibido en el ámbito del catolicismo popular y participa allí como los demás y cumple alguna función, si es requerido para ello y él acepta internamente. No participa para discernir luego sino por su deseo de participar, es decir para su provecho espiritual. Sólo si participa de ese modo genuino recibirá de allí la luz adecuada para discernir. Pero hay que recordar que el discernimiento requiere de tiempo porque ordinariamente una sola experiencia no desvela el acontecimiento sino sólo aspectos de él y las experiencias acontecen cuando corresponde en el ciclo festivo.

Si el discernimiento se va haciendo respetando los ritmos y en la casa del pueblo, se desechará la tentación de formalizarlo todo, de objetivarlo, de reducirlo a esquemas. Ya que hacerlo equivale a poner la religión del pueblo en una mesa de disección y descuartizarla. Asir las piezas tiene el precio de dejar escapar su aliento vital. No es ésa la luz del discernimiento. La luz que arroja el Espíritu es la Luz de la Vida, la misma noticia de sí que va dejando la praxis cristiana. Esa luz no sólo no mata sino que es el sentido que arroja la vida verdadera.

Ésa sí hay que recogerla y salvaguardarla para no andar como ciegos. Ella es la base del discernimiento compartido con el pueblo. Lo demás, lo científico, muy módicamente y en tanto sea necesario y asimilable.

Requisito y resultado del discernimiento del catolicismo popular

Desde lo que llevamos dicho resulta que sin el ejercicio de la primera eclesialidad, es imposible discernir la religión del pueblo. Si el agente pastoral no está en el barrio ante todo como cristiano, no podrá percibir cómo se van haciendo cristianos sus pobladores, y menos aún podrá ser llevado por ellos y consiguientemente llevarlos, es decir llevarse mutuamente como hermanos. Si está como un agente pastoral y si esta identidad de agente pauta el ritmo de su vida, desaparece la cotidianidad y se inhabilita para captar cómo acontece Dios en la vida de la gente y cómo la gente vive a Dios.

Sólo desde el ritmo de la vida puede participar de su modo de relación con Dios.

Si el discernimiento es verdaderamente espiritual, el resultado no será que va desapareciendo el catolicismo popular y se convierte en el de la institución eclesiástica. Tampoco que los agentes de pastoral se desvisten simplemente de lo suyo para asumir la religión del pueblo.

A lo largo del proceso se va dando una transformación interna, tanto de la religión de la institución eclesiástica como de la del pueblo (una conversión y una plenificación) y una mutua simbiosis de la que ambas resultan mutuamente enriquecidas.

No desaparecerá ninguna, porque existen, y Dios quiere que sigan existiendo, ambas culturas matrices. Pero sí irá aconteciendo que progresivamente la pastoral de barrio se hará en la casa del pueblo, y en ella el catolicismo popular se verá renovado y fecundado por la Buena Nueva de la Palabra de Dios y por el servicio humilde del agente pastoral.

Preguntas a los agentes pastorales

¿Le parece que la gente del barrio es religiosa? ¿En qué lo percibe?
¿Qué elementos configuran la vivencia religiosa de la gente del barrio?

¿En qué cree la gente? ¿Qué imagen se hace de Dios y del mundo divino?

¿Qué idea tiene del mundo y de la humanidad en cuanto creación de Dios?
¿Cuál cree la gente que es la voluntad de Dios sobre las personas y la sociedad?
¿Qué destino tiene lo creado y particularmente los seres humanos y la historia?
¿Cómo es la participación humana en el designio de Dios? ¿Cómo se relaciona la gente con el mundo divino?

¿En qué alimenta el pueblo su vivencia religiosa; cómo se relaciona la gente pobre con Dios? ¿Dónde lo encuentra? ¿Qué le pide?

¿Cuál es el modelo para el pueblo de una persona que es verdaderamente cristiana? ¿Cómo es una persona que vive como Dios quiere? ¿Qué rasgos serían los más característicos?

¿Qué opinión me hago de la calidad cristiana de la gente popular entre la que vivo? ¿Conozco alguna persona que conceptúo como muy buena cristiana, como muy buena, como especialmente cercana a Dios porque vive según su corazón? ¿Por qué la considero así? ¿Qué rasgos de esas personas (si es que conozco algunas) me llaman más la atención?

¿Participo de algún acto de piedad popular por devoción? ¿Cuáles y con qué fruto?

¿Doy acogida en la pastoral que llevo entre manos a la religión del pueblo y más específicamente al catolicismo popular?

En la pastoral que realizo ¿tienen lugar como tales, es decir ejerciendo sus funciones, expertos o ministros del catolicismo popular?

Preguntas a la gente popular

¿Qué tiene que ver la vida con Dios? ¿Qué tiene que ver Dios con la vida? ¿Cómo quiere Dios que vivamos? ¿Por qué quiere que vivamos así? ¿Es posible vivir como Dios quiere? ¿Por qué? ¿Es gustoso vivir como Dios quiere? Quien vive como Dios manda ¿es feliz? ¿Por qué?

¿Para qué nos ha puesto Dios en este mundo? ¿Es posible que cada uno sepa la misión que Dios le encomienda? A usted ¿para qué la tiene Dios en este mundo?

¿Cómo se relaciona Dios con nosotros? ¿Cómo quiere que nos relacionemos con él? ¿Es fácil relacionarnos con Dios? ¿Cómo se relaciona usted?

¿Conoce usted a alguna persona que considere que es una buena cristiana? ¿Por qué le parece que es buena cristiana? ¿Qué cosas le ayudan a uno a ser buen cristiano? ¿En qué se conoce que alguien es buen cristiano?

¿Quién es para usted Jesucristo? ¿Cómo se lo puede conocer? ¿Cómo se relaciona uno con él? ¿Y qué me dice de la Virgen María? ¿Hay algún santo al que le tenga particular devoción?

¿Practica alguna devoción? ¿Cuál y de qué manera? ¿Hace promesas al Señor o a algún santo? ¿Participa de las fiestas religiosas? ¿Cuál le da más devoción? ¿Cómo la vive?

¿Le parece que el cristianismo ha ido para adelante o para atrás? ¿En qué lo nota? ¿Ahora está usted más clara respecto de lo que es el cristianismo o se ve más confundida? ¿Por qué? ¿Le parece que hoy se puede vivir como una buena cristiana? ¿Qué consejo daría usted para vivir como Dios quiere?

7. Principio renovador: Lectura orante de la palabra de dios, sobre todo los evangelios

Un cristianismo sin el alimento de la biblia

El punto de partida es que el catolicismo tradicional latinoamericano, implantado por la Iglesia postridentina y reevangelizado por la Iglesia de la restauración de la cristiandad, desconocía la Biblia y en una amplia media aún la sigue desconociendo. Este tipo de catolicismo se estructuró alrededor de la doctrina (el catecismo), los ritos (los ritos de pasaje, las misas festivas y los sacramentales) y las devociones (tanto las patrocinadas por la propia institución como las privadas). La Biblia fue sustituida por la Historia Sagrada, que en algunos casos se daba sistemáticamente, pero que ordinariamente se iba desplegando en los sermones los días de fiesta o en ejemplos que contaban los catequistas. Hasta el Vaticano II, incluso las lecturas de la Biblia de la misa, al hacerse en latín, no eran comprendidas por los fieles. Después, al menos se comprenden las palabras, pero todavía no se puede decir que esté generalizada la homilía que pone las lecturas bíblicas al alcance de la gente, además de que son muy pocos los que asisten los domingos a misa.

Así lo reconoce el Concilio Plenario Venezolano: «En América Latina se trató, con mayor o menor intensidad, de implantar la catequesis. Lamentablemente la índole conceptualista de estos catecismos no caló en el pueblo que, sin embargo, absorbía los relatos de la Sagrada Escritura y de las

vidas de los santos. Este tipo de catecismo de preguntas y respuestas llegó hasta el Vaticano II, cuando la Palabra de Dios recupera su espacio en la vida cristiana» (Catequesis 1).

Si la Iglesia está al servicio de la Palabra y se funda en ella, tenemos que reconocer que la Iglesia latinoamericana nació y vive con la anomalía de no estar referida a la Palabra.

Una consecuencia de esta anomalía fue sin duda la dificultad de discernir los signos de los tiempos. Y la práctica, por tanto, de un cristianismo de conservación de lo establecido y no de renovación y de acompañamiento la pueblo en su caminar por la historia.

La biblia entró con los pobres, la comunidad y la cena del señor

Como aplicación que fue del Vaticano II, Medellín se propuso pasar de una Iglesia masificada y regida por los clérigos, a una Iglesia pueblo de Dios, convocada por la Palabra: «Según la voluntad de Dios los hombres deben santificarse y salvarse no individualmente sino constituidos en comunidad. Esta comunidad es convocada y congregada en primer lugar por el anuncio de la Palabra del Dios vivo» (6,9). La consecuencia de una Iglesia comunidad es la constitución de comunidades: «Que se procure la formación del mayor número de comunidades eclesiales en las parroquias, especialmente rurales o de marginados urbanos. Comunidades que deben basarse en la Palabra de Dios y realizarse, en cuanto sea posible, en la celebración eucarística» (6,13).

Refiriéndose más expresamente a las manifestaciones del catolicismo popular, pidió que sean evangelizadas por la Palabra: «Que se impregnen las manifestaciones populares, como romerías, peregrinaciones, devociones diversas, de la palabra evangélica» (6,12).

Medellín reintrodujo con fuerza en nuestra Iglesia lo que podemos llamar análogicamente los cuatro sacramentos de Jesucristo: los pobres, la comunidad cristiana, la palabra de Dios, y la Cena del Señor. Estos cuatro elementos siempre se han eclipsado y repontenciado juntos, ya que componen una matriz en la que se reenvían mutuamente.

Es claro que desde entonces en América Latina son las comunidades de pobres o las de los cristianos solidarizados con ellos las que practican la lectura orante comunitaria de la Palabra, sobre todo de los evangelios, que son su corazón,

y las que celebran, no como un rito atemporal sino como un sacramento vivo, la Cena del Señor.

Puebla relanzó con fuerza estas opciones con su insistencia en la opción por los pobres, por el catolicismo popular como fuerza activa con la que el pueblo se evangeliza a sí mismo y por las Comunidades Eclesiales de Base. Volvió a especificar que tanto el catolicismo popular como la CEBs, se deben renovar y alimentar con la palabra de Dios.

La década que va desde la segunda mitad de los años 70 a la primera mitad de los 80 conoció un florecer de la opción por los pobres, de la constitución de las CEBs, de la lectura orante comunitaria de la Biblia y de la celebración de eucaristías vivas. Se dio en verdad una renovación de la religión del pueblo y más específicamente del catolicismo popular y, tanto o más, de la institución eclesiástica que se puso a su servicio, liderizada por una pléyade de obispos que desde el seno del pueblo, recibiendo su fe y alimentándola, alcanzaron una realización cristiana excepcional y una irradiación de envergadura histórica.

Entregar los evangelios al pueblo como acto de tradición

En el ámbito de la Iglesia venezolana es el Concilio Plenario Venezolano (2000-2005) el que ha recogido con gran vigor estos planteamientos, que dimanan entre nosotros de una experiencia minoritaria, pero fecunda. Las propuestas programáticas respecto de la Palabra de Dios se caracterizan por su profundidad y hondura: «Entregaré la Biblia, y sobre todo los Evangelios, que son su corazón, como acto de tradición en el seno de la comunidad./ Hará de la Biblia la base fundamental de la predicación y reflexión (...) Favorecerá el uso de la Biblia para la oración (lectura orante de la Biblia)» (CPV Proclamación 153-154,156). El CPV asienta que la Biblia ha de ser la base de la oración, la predicación y la reflexión. Y para que llegue a serlo se propone entregar la Biblia al pueblo. Poner la Biblia en sus manos porque sólo así serán sujetos en la Iglesia y se constituirá el pueblo de Dios. Ahora bien, esta entrega no consiste en repartir Biblias ni en dar cursos bíblicos. Ambas cosas son imprescindibles y se prescriben. Pero la entrega es entendida en el sentido fuerte del acto de Tradición que constituye a la Iglesia, ésa a la que se refiere Pablo solemnemente, cuando expresa a los corintios a propósito de la Cena del Señor y de la Resurrección de Jesús: yo les he transmitido lo que me fue entregado (15,3; 11,23).

¿Cómo se entrega la Biblia? No, cuando la relación es de sujeto a contenido, es decir cuando el cura como especialista explica a los fieles lo que le enseñaron sus maestros; sino cuando es de sujeto a sujeto: cuando la Biblia, y sobre todo los evangelios, es decir la Palabra, como señora, se proclama a sí misma por boca del que la proclama, a los discípulos, reunidos precisamente como oyentes de la Palabra. En este caso también el agente pastoral es discípulo: todos escuchan para seguir al Maestro, que no está aquí, guiados por su propia palabra en la que está realmente presente sacramentalmente.

En este sentido asienta el CPV que por la Palabra es Dios mismo quien educa a su pueblo: «El nacimiento de la pastoral bíblica, la difusión del texto sagrado y la lectura orante (*Lectio Divina*), son factores que despiertan la conciencia de que la Palabra de Dios es la primera fuente de la formación del cristiano, pues es Dios mismo el que educa a su pueblo» (CPV Catequesis 38).

Frutos de la entrega de la palabra al pueblo

Dos son los objetivos primarios que se propone en este ámbito el CPV: el primero y principal deriva de la percepción de una situación nueva en nuestro continente, vivida como una oportunidad para personalizar nuestro cristianismo y llegar a ser así una Iglesia de convertidos. La situación inédita consiste en que ya el cristianismo no se trasmite ambientalmente y por tanto o hay un encuentro personal con el Dios de Jesús y con el mismo Jesús de Nazaret, que lleve a una conversión con el consiguiente cambio de vida, o el cristianismo pasará a ser en América Latina una magnitud puramente residual. En este sentido propone: «Recuperar en el ámbito católico, en todo el proceso de iniciación cristiana y en toda la vida, la lectura orante de la Biblia, que lleve a la adhesión de corazón y a la entrega vital a la persona y mensaje de Jesucristo, multiplicar los esfuerzos por entregar la Biblia al pueblo, como medio privilegiado de avanzar en esta dirección» (CPV Proclamación 106).

El segundo objetivo se refiere expresamente al tema que estamos tratando: el papel de la palabra en la pastoral suburbana. El CPV se compromete a «promover la inserción de los agentes de pastoral en la vida del pueblo. Esto lleva a compartir sus angustias y esperanzas, su forma de vivir la providencia, la comunidad, la fiesta, la vida, la muerte. ‘Lo que no se asume no se redime’. Sólo desde la vivencia cotidiana es posible sopesar sus manifestaciones rituales y sus acciones simbólicas e insertar en su matriz, como novedad histórica, la palabra viva de los Evangelios» (CPV Proclamación 135). El texto asienta que

la novedad del catolicismo popular consiste en su historización, ya que hasta ahora estaba referido a la vida, pero no a la vida captada como histórica, como modelada por los seres humanos, sino a la vida moldeada por los ritmos de la naturaleza y más en concreto del ciclo agrario. Pues bien, la historización se logrará por la lectura orante comunitaria de los evangelios, que son la historia desvelada de Jesús de Nazaret como vida para las comunidades que los escribieron y para nosotros, que, como ellas, tenemos que leerlos con el mismo espíritu con que se escribieron para captar cómo alumbran el camino de nuestra salvación. Pero la condición, que también nosotros establecimos, es la inserción de los agentes pastorales en el barrio.

Constituirnos en oyentes de la palabra

Nuestra apreciación de la situación es que esta entrega de los evangelios al pueblo, en este sentido denso, más aún fundacional, en que lo hemos considerado sólo ha acontecido en una medida bastante modesta. Aunque donde acontece, los frutos de maduración personal y fecundidad apostólica son ubérrimos.

El problema de fondo es que supone un cambio muy radical en la vivencia cristiana. Pongamos un ejemplo. Al concluir, tras quince años, la lectura orante del evangelio de Marcos, pedí a la comunidad que se reuniera varias veces para recoger los frutos. Expresaron que antes pensaban que orar era pedir a Dios y darle gracias; pero que ahora han aprendido que antes que eso orar es contemplar la Palabra abriéndose para escuchar lo que le va pidiendo a cada uno y a la comunidad, y ponerlo en práctica. Como se ve es el paso de ser genéricamente religioso a convertirse en discípulo de Jesús de Nazaret. Y eso implica la apertura habitual a lo que le va diciendo y la entrega de la vida en obediencia a su guía. Esta relación con le Maestro en su Espíritu, dinamiza enormemente la vida y la plenifica, pero también la descentra completamente volviéndola imprevisible, completamente abierta. Y eso es demasiado exigente, aunque es más gratificante aún.

Creemos, pues, que en la pastoral suburbana, el problema es la falta de agentes pastorales que estén dispuestos a caminar en esa dirección y no la falta de voluntad del pueblo.

Preguntas para los agentes de pastoral

¿Se practica la lectura orante comunitaria? ¿Se contempla lo que dice el pasaje antes de preguntarse lo que me dice a mí? ¿Se cultiva el interés de abrirse a la Palabra, de que sea ella la que dirija nuestra vida, aunque ello cause dolor?

¿Existe una pedagogía adaptada para mediar la distancia de tiempo y cultura entre el texto y la comunidad de discípulos? ¿Se tiene presente que no todos los textos bíblicos son aptos para esta lectura orante porque no pocos requieren un estudio previo para llegar a entenderlos?

Como no pocos de la comunidad suburbana no nacieron donde viven sino muchas veces en ámbitos cultural y no sólo geográficamente distantes, pueden hacerse cargo de que hay horizontes vitales diversos y que hay que hacerse cargo de esa diversidad y buscar equivalencias entre las actitudes vitales en uno y otro. Esa operación la hacen instintivamente y la conversan reiteradamente. El agente pastoral ¿cultiva en la comunidad esta conciencia de que al leer la Biblia hay que entablar un diálogo de horizontes y que hay que interpretar?

En la lectura orante ¿es en verdad la Palabra la que se proclama a sí misma, es el Maestro el que habla de manera soberana o es el especialista el que introduce a los demás a lo que él ya sabía? ¿Escuchan todos a la Palabra o el especialista recuerda lo que sabe y los demás lo escuchan a él?

El agente pastoral y cada miembro de la comunidad ¿practican cada día esta lectura orante, de manera que la Palabra llegue a ser su alimento diario y la luz que guía sus pasos? ¿Se incrementa cada día el deseo humilde y determinado de llegar a ser en verdad oyente de la Palabra?

¿Es la homilía ese momento privilegiado en el que se entrega la Biblia al pueblo como acto de Tradición? ¿Tiene conciencia el celebrante de que no es un mero especialista que expone su saber sino un seguidor de Jesús a quien se le ha entregado un ministerio sagrado del que debe dar cuenta al Maestro? ¿Se pregunta qué les quiero decir o qué quiere Dios que les diga? ¿Se prepara adecuadamente no sólo estudiando el texto sino contemplándolo y orándolo?

La Biblia y sobre todo los evangelios ¿constituyen el corazón de la catequesis en todas sus etapas? ¿O sólo se la utiliza para probar lo que se les ha ocurrido a los autores del texto?

De hecho los que frecuentan la iglesia ¿conocen los evangelios?
¿Constituyen para ellos la fuente de su vida cristiana?

Preguntas para los cristianos de base

¿Conoces la Biblia y sobre todo los evangelios? ¿Qué pasajes son para ti especialmente significativos?

¿Tienes la Biblia en su casa? ¿La lees? ¿La contemplas y meditas? La Biblia y sobre todo los evangelios ¿es realmente la Palabra que Dios te dirige para guiar tu vida? ¿Oras todos los días con ella?

¿Has asistido a algún curso bíblico?

¿Pertenece a alguna comunidad que practique la lectura orante de la Biblia y sobre todo de los evangelios? ¿Cada cuanto se reúnen? ¿Qué método siguen? ¿Qué te ayuda más?

¿En el catecismo que recibiste ¿se estudiaban los evangelios? En el que reciben tus hijos o en el que das como catequista ¿qué lugar ocupan los evangelios? Los evangelios ¿son la fuente de la catequesis o se sigue dando la doctrina cristiana?

En las homilias que el celebrante da en las misas ¿se explica el evangelio como la Palabra de Dios encarnada en la vida de Jesús, que es la misma Palabra que Dios dirige hoy a los discípulos como camino de vida? De la explicación del padre saco ideas claras sobre lo que pasó en aquel tiempo y sobre lo que eso nos dice hoy?

En la administración de los sacramentos (bautismo, confirmación, matrimonio) y en los funerales y en las bendiciones ¿se proclama la palabra de Dios, sobre todo los evangelios, para iluminar lo que se está celebrando y sus consecuencias para la vida?

En las explicaciones ¿aparece claro que la vida de Jesús es una buenísima noticia para los pobres? ¿Crees que la Biblia ayuda a que los habitantes del barrio tomen conciencia de su dignidad, de que son los hijos predilectos de Dios y de que Jesús los asocia a su misión de salvar al mundo desde abajo?

8. Niveles para atender y coordinar: Atención a los individuos, a los grupos y comunidades, y a las masas

Fundamentación

Si el objetivo es el fomento de la vida desde la vida fraterna de los hijos de Dios, los tres niveles se dan en lo que es una vida realmente humana y en el modo pastoral de producirla, en el que la relación de la persona con Dios se expresa en una fraternidad que tiende a construir un mundo. En esta secuencia queda trazada la jerarquización de las tres dimensiones.

Por tanto no es auténtica la pastoral que no vaya encaminada a que cada persona se encuentre con Dios, siga a Jesús y se mueva a impulsos del Espíritu. Esto significa que la pastoral tiene que proponer realmente y propiciar la oración personal y la continua presencia de Dios, el examen personal, el sacramento de la reconciliación, el silencio interior, el desarrollo personal de las distintas dimensiones y el modo personalizado de concebirse los encuentros de comunidades, las reuniones de grupos, celebraciones y encuentros masivos.

Pero también es cierto que, aunque «en todo tiempo y lugar son aceptos a Dios los que le temen y practican la justicia (cf. Hch 10,35), quiso, sin embargo, el Señor santificar y salvar a los hombres no individualmente y aislados entre sí sino constituir un pueblo que lo conociera en la verdad y lo sirviera santamente» (LG 9). Así pues, es la comunidad de discípulos como tal o a través de expresiones grupales, la que da testimonio, llama e invita: no sólo invita a convertirse a Dios sino a agregarse a los hermanos (Hch 2,41.47). Así pues es la comunidad la que está al inicio de la llamada (por ella llama Dios) y la que llama a entrar en ella (Dios con voca, no llama a islas a entregarse a él aisladamente) y para crear desde ella comunidad.

Esto significa que no hay pastoral auténtica sin voluntad de expresarse comunitariamente de tal modo que la parroquia llegue a ser comunidad de comunidades. No puede aceptarse una distribución de funciones que en la práctica mediatice y suplante a la comunidad. No puede no haber tiempo para comunidad. Ni puede sustituirse este proceso por el expediente de llamar comunidad a las asociaciones de antaño o a los grupos de ayer. La comunidad de Jesús es ministerial; no cerrada sino abierta a las necesidades de todos. Comunidad de Jesús, por tanto en discernimiento. La voluntad del párroco no puede sustituirlo.

Pero en el designio de Dios nadie debe perderse (1Tim 2,4). Todos los seres humanos estamos llamados a formar no sólo una comunidad sino precisamente su familia. Así pues, lo masivo, lo incontable, lo sin nombre conocido es una dimensión irrenunciable. Y consiguientemente el amor personalizador con el que nos hacemos hermanos tiene una dimensión im personal, es decir, en la que cada quien inhibe su suidad para formar un cuerpo social. Ésta es la dimensión pública y política, de la caridad cristiana, basada no sólo en el dato de la sociabilidad humana sino en la positiva destinación de la humanidad para ser una en Jesús de Nazaret y Dios todo en todos.

Por eso la Iglesia es sacramento «de la unidad de todo el género humano» (LG 1), «germen firmísimo de unidad, de esperanza y de salvación para todo el género humano» (LG 9). Así pues la parroquia no puede no estar abierta al que pasa por ahí, al que tome contacto. No puede manejar códigos tan esotéricos que los no asiduos se sientan excluidos. No se puede pedir militancia ni chequearla disciplinariamente.

Es sospechosa la alergia por lo masivo (celebraciones, procesiones) porque se escapa al control y se mueve en la ambigüedad. Dios no nos da la autoridad para decantar esta ambigüedad antes de tiempo (Mt 13,24-30.36-43.47-50).

Así pues, la base de la pastoral son las personas que se constituyen por las relaciones que entablan, tanto relaciones cara a cara, comunitarias, como relaciones societales. La salvación es personal: quienes se salvan son los que llegan a vivir como hijas e hijos de Dios y como hermanas y hermanos de todos. Si la pastoral no se encamina a este fin, si no es personalizadora, bien sea porque se centra en la atención de las demandas de individuos, bien porque se estructura como grupos organizados, instituciones y estructuras cuyo fin en la práctica es que funcionen expeditamente, bien porque se mueve a base de concentraciones masivas en torno a recintos e imágenes sagrados, a normas y ritos y personeros sacralizados, no es medio para la salvación cristiana. Ahora bien, como la persona se constituye mediante relaciones, la prueba de que la pastoral es personalizadora es que las personas se convocan establemente, tanto en comunidades y grupos, como en un cuerpo social que tendencialmente quiere comprender a toda la humanidad.

Observaciones estructurales

El que estén presentes y adecuadamente balanceados los tres niveles no es algo que venga de suyo. Ha de ser expresamente promovido y cuidadosamente salvaguardado.

En un barrio **lo masivo** no tiene una demanda establecida y sostenida. Si se abandona a su ritmo, sólo existirá en los tiempos fuertes de Semana Santa y Navidad, en las fiestas patronales y en acontecimientos ocasionales. En el barrio no existen convocatorias y el barrio las necesita para sentirse existiendo. Pero tampoco pueden crearse de un modo arbitrario. La gente no se sentirá convocada sino cuando se una fe y vida, fe compartida y vida social. Propiciar esa unión es uno de los objetivos de la pastoral de barrio.

Lo masivo no puede concebirse solamente como lo que incluye a cientos o miles de personas. La misa dominical debe incluir la dimensión masiva. Esto significa que debe estar estructuralmente abierta. La misa ha de ser comunitaria, pero no hasta el punto de que un visitante del barrio o un cristiano no asiduo o no practicante se sienta notado, le hagan ver que es casi un intruso. Esto no es cristiano. Está estructuralmente abierta, si no maneja unos códigos tan esotéricos que el no iniciado no pueda participar. La prueba de que es abierta es que si alguien movido por fe sincera quiere participar, esté en condiciones de hacerlo. Esto también vale para las comunidades y muy concretamente para las comunidades eclesiales de base. En ellas debe ser normal que alguien invite a otra persona y que esa persona sea acogida. Ser acogida es que sienta que no la están sometiendo a examen, que la dejan estar en paz, sin pedirle más de lo que ella quiere dar; pero que a su vez está dentro del encuentro, que puede participar desde lo que ella es.

Lo individual sí tiene bastante cabida en el barrio, porque como hemos indicado la religión en él está bastante individualizada; pero no suele relacionarse con el templo ni con el agente pastoral. Se satisface en el altar doméstico o en un santuario prestigioso de la ciudad o cargando la imagen del santo o rezando lo comprometido o cuando da devoción o practicando las obras que uno prometió a Dios o que siente que Dios le pide.

De todos modos cuando una persona es sinceramente creyente requiere una atención personal, y, aunque no lo sea tanto, en momentos especiales de la vida busca y agradece consejo y compañía. Un momento fundamental es durante la enfermedad.

El agente pastoral podrá ocupar muy provechosamente bastante de su tiempo escuchando a las personas, acogiéndolas y, si es caso, aconsejándolas y ayudándolas. Debería prestarse mayor atención a propiciar el examen de conciencia, el discernimiento espiritual y los diversos métodos de oración personal. Los Ejercicios Espirituales en la vida diaria son un medio excelente y no deben faltar los retiros. Pero el mínimo, al que con mucha frecuencia no se llega es la confesión, que no tiene que ver sólo con los pecados sino con poner la vida ante el representante de Dios, para que la lea en su nombre y dé indicaciones. No debería faltar la visita a los enfermos, no una visita de médico sino realmente humanizadora y en la que se planteara expresamente la cercanía de Dios y su voluntad saludable para el enfermo.

Desde lo que llevamos dicho, es claro que la pastoral de individuos no puede ser individualista sino que debe propender a que el individuo entable relaciones personalizadoras y, si es caso, se exprese en su pertenencia a grupos y/o comunidades.

Lo grupal y comunitario tiene en el barrio buen caldo de cultivo, aunque tiende a ser muy inestable. Por eso es imprescindible una dedicación muy asidua por parte de los agentes pastorales. En no pocas parroquias siguen funcionando los grupos tradicionales: la Legión de María, la cofradía del Santísimo... A veces se estimulan movimientos como los carismáticos, los catecúmenos, cursillos de cristiandad... No suelen faltar nunca los catequistas, que suelen ser un grupo y no raramente una verdadera comunidad, aunque no se llame por ese nombre. También se encuentran con mayor o menor vigor grupos juveniles y a veces de matrimonios. Es menos frecuente que se propongan CEBs y más raro aún que lo sean verdaderamente, y no grupos del agente pastoral.

El agente pastoral debe estimular la condición de sujetos de los miembros de los grupos, de modo que él dé su aporte imprescindible, pero a su vez dé lugar al aporte no menos imprescindible de cada uno, para que el grupo sea en verdad de ellos. Para ello debe estimular la libertad cristiana, que consiste en que cada quien obedezca al Espíritu y active los dones que él le da para servicio de todos.

Las tres dimensiones han de darse mutuamente referidas

Hay que notar que tan importante como que existan las tres dimensiones es que existan internamente referidas entre sí. La razón es que las tres son

dimensiones de la única vida y por tanto a ella deben referirse y en ella deben confluír. Si se independizan y absolutizan, se producen deformaciones que pueden ser graves y no traer ya salvación sino alienación.

Por ejemplo, una celebración masiva puede ser meramente masiva o estar articulada comunitariamente y tener espacios de silencio para la interiorización individual.

Una reunión comunitaria puede absolutizar el control de grupo y no ser personalizadora o puede respetar los ritmos personales; puede ser una reunión cerrada y así, al excluir a los de fuera, despersionaliza a los participantes, o puede estar abierta al barrio, tanto en cuanto pueden asomarse a la reunión, como en cuanto que el barrio está presente en sus problemas y en gente que los plantea.

Lo mismo, una actividad individual: puede ser solipsista, individualista o puede estar en ella espiritualmente presente la comunidad y la gente.

Hay que notar que si una de las tres dimensiones de la pastoral se lleva casi todo el tiempo disponible y la dedicación del agente pastoral y de sus colaboradores, es muy difícil que esa dimensión no resulte alienada, además de la gran mutilación que sufre el conjunto al omitir las demás. Hay parroquias institucionalizadas que tienden a omitir lo comunitario, y entonces lo individual tiende a ser individualista, lo grupal burocratizado y lo masivo despersionalizado. Sin embargo las que se centran en la comunidad, relegando las demás dimensiones, tienden al sectarismo y la comunidad oprime a sus miembros y no fecunda la zona.

SINTETIZANDO decimos que la Iglesia es el pueblo de Dios, que brota de la comunidad de Jesús y mantiene esa estructura comunitaria; pero no existe un sujeto supraindividual hipostasiado (no se puede entender así ni a la comunidad ni al pueblo de Dios) sino la relación fraterna y personalizadora de los individuos, que cuando es cara a cara da lugar a comunidades y cuando es masiva origina pueblos.

Preguntas

En el elenco de las actividades pastorales, cuáles atienden al nivel individual de la persona, cuáles al comunitario y grupal, cuáles al masivo.

Qué peso relativo tiene cada nivel en el conjunto de la pastoral.

¿Cuál es el aire de la parroquia? ¿Lo da lo asociativo? ¿O las celebraciones masivas y la atención a las demandas individuales? ¿O lo da lo comunitario? ¿O está todo tan bien balanceado que lo que se capta es la complejidad e integración de las dimensiones?

Comprobar si los niveles se dan como ofertas independientes o si se interpenetran, es decir, si las distintas actividades de cada nivel contienen a los otros dos niveles como dimensiones, y si unas actividades se articulan con las otras. Ya se han dado elementos para sopesar pormenorizadamente el punto.

Más en concreto comprobar si el agente pastoral responsable atiende personalmente a individuos, si está abierto a la gente, si participa en las comunidades y grupos como miembro cualificado.

Lo mismo, respecto de los agentes intermedios, de los animadores de zonas o actividades. ¿Están restringidos a su grupo? ¿Se autoentienden también como individuos que se cultivan a sí mismos? ¿Están abiertos a toda la comunidad parroquial y a la gente de la zona, a sus vecinos?



INFORMACIÓN SOBRE LOS CURSOS

1. JUSTIFICACIÓN

La formación de los laicos debe ser gradual, integral, continua y progresiva: desde la catequesis inicial hasta la profundización en los misterios de la fe y la iluminación, desde la Sabiduría, de todo el saber humano. La formación, tiene que adecuarse permanentemente a las exigencias de los tiempos y preparar a los creyentes para el testimonio de vida (CPV, El Laico católico, fermento del Reino de Dios en Venezuela, N° 72).

2. OBJETIVO DEL CURSO

El Centro de Estudios a Distancia del ITER, en asociación con el Instituto Internacional de Teología a Distancia (IITD) de Madrid, ofrece con el Plan de Formación Básica, a los laicos comprometidos, la oportunidad de profundizar en el conocimiento de la fe que les lleve a potenciar una acción pastoral cualificada en sus Iglesia locales y a una presencia testimonial en la sociedad en que viven.

3. FORMACIÓN BÁSICA: Cuatro semestres.

Seminarios opcionales: Uno por semestre.

4. ESPECIALIZACIÓN: Dos semestres.

5. TITULACIÓN: Diploma en Formación básica pastoral.

6. RÉGIMEN ACADÉMICO

- Estudios a distancia mediante un texto para el autoaprendizaje y prueba de evaluación a distancia.
- Asesoría personalizada por correo electrónico, por teléfono o en la oficina.
- Tutorías mensuales, día sábado de 8.30 am a 1.00 pm según calendario.

7. INFORMACIÓN

En la oficina del CEDITER: teléfono 0212- 808 7526 (lunes a viernes de 9 am a 1 pm). Dirección: 3ª avenida con 6ª transversal – Altamira – Caracas. Correo electrónico: cediter@ucab.edu.ve.